



**UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES  
ACATLÁN**

Pasión y arrepentimiento: una lectura de Dmitri Karamázov

**TESIS**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE**

**LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

**PRESENTA**

**Daniel Fernando Aguilar Rodríguez**

**Asesor: Dr. Antonio Luis Marino López**

Santa Cruz Aactlán, Estado de México, septiembre, 2018



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mis maestros, verdaderos amigos  
y familia*

## Índice

Introducción.....	06
Capítulo I: Fiereza pasional.....	13
Capítulo II: Suicidio y tragedia de Dmitri Karamázov.....	24
Capítulo III: El sufrimiento de los angelitos.....	38
Capítulo IV: Castigo y arrepentimiento.....	48
Conclusiones.....	59
Bibliografía.....	68

## Introducción

En buena medida la historia de *Los hermanos Karamázov* depende del primogénito de la familia. Dmitri Karamázov es insoslayable en la novela. Su llegada inminente a la ciudad, reclamo a su padre y aparente culpabilidad del homicidio, influyen a lo largo de la trama y mantienen su tensión narrativa. Los actos realizados —o presuntamente realizados— no pasan inadvertidos: repercuten al resto de los personajes, suscitan reacciones. Se indignan por él, lo aborrecen, le tienen lástima, lo creen escoria; no consienten o aprueban a Dmitri. Por ejemplo, Rakitin, compañero de seminario de Aliosha, lo trata con desdén y menosprecio. En su opinión, representa la decadencia de la sociedad rusa. La señora Jojlakova ofrece ayudarlo mirándolo con lástima. Frente a su petición desesperada de dinero, le muestra el negocio de las minas. Asume que su pena se debe a su pobreza; precariedad que tensa sus nervios. Así le parece que un negocio productivo podrá salvarlo. Es un desdichado por no tener la apacibilidad y el mismo nivel que ella. Considerándola una bestia suelta y agresiva, el criado de su padre le teme. Una mezcla de miedo y aversión aparece al encontrárselo o hablar de él. En común, en diferentes modos e impresiones, estos personajes y otros rechazan a Dmitri. Lo tienen en una consideración mucho menor a ellos: lo ven menos que un hombre.

El comportamiento de Dmitri carece de probidad. Caótico, violento, aparentemente nadie está cómodo viviendo con él; es más agradable alejarse o mantener sana distancia. Estar a su lado conlleva el riesgo de ser lastimado o afectado. El rechazo es la respuesta a su comportamiento errático y problemático. Antes de comprenderlo o preguntarle alguna razón que lo lleva a actuar así, es rechazado. Esta actitud no sólo viene del resto de los personajes. Él mismo detesta su comportamiento, aunque siga actuando de la manera que repudia. Se empeña en denostarse, afirmando que es lo peor y no tiene remedio. En ese desprecio propio, se compara con otros personajes y los encomia como resultado. Intenta destacar lo superior de los otros y su bajo nivel frente a ellos. Dmitri refuerza aquella idea de que él es menos que un hombre; una sabandija que sobrevive en el pueblo.

Leyendo los pasajes de su vida, fácilmente advertimos que Dmitri es sumiso a sus deseos. Hace lo que se le antoja sin importar los atropellos que cause. Cumple sus deseos, por más voraces o impulsivos que sean. No se detiene ni por los daños causados ni por la desaprobación provocada en el resto de los personajes. Se desentiende de la posible catástrofe propiciada por sus actos. A través de sus deseos, observamos el descontrol que tiene Dmitri por su comportamiento. No entendiendo sus motivos o razones para llevarlos a cabo, ejerce actos perjudiciales y frustrantes. Disfruta al realizarlos, pero los odia una vez concluidos. Lloro al amanecer por sus flirteos nocturnos, sus pendejas en tabernas, sus humillaciones a otros. Nada lo satisface enteramente, y se acongoja y sufre por sus actos. Vive a la sombra de lo indignante. Lo que es una constante en su vida es el sufrimiento y se le traza como única posibilidad. Considera su vida intempestiva una condena interminable. La tribulación le parece su destino.

Dmitri no estima su propia vida. Le da vergüenza, la detesta, se frustra por ella. No se detiene en sus acciones infames y a veces ríe cínicamente de ellas. La carcajada es su refugio. A los ojos del resto de los personajes la risa se traduce en alevosía y maldad. La vileza le provoca demasiado dolor para soportarla. En algún punto de la narración se confiesa —supuestamente— con Aliosha y le cuenta sus penas. Ahí devela el rastro de infamia: los actos ruines que alberga su memoria, los pecados que carga su corazón (sin expiarlos o lidiar con ellos). A pesar de que le causen un grave pesar, prefiere asumirlos cínicamente o esperar el siguiente alud de concupiscencia para enterrarlos. Puede que lloro al amanecer, pero habrá otra noche donde compensará sus lágrimas. El sufrimiento no sólo viene de sus actos despreciables. Su carácter errático lo sume en la desesperación. Sus actos suceden inesperadamente y la incertidumbre lo hiere. Teme él mismo de lo que puede llegar a ser capaz; qué tan bajo puede caer. En ese sentido, no tiene certeza de virtud posible. El temor y la desesperación lo ahogan. Ningún camino de regreso se le aparece, ningún cambio que desafíe la infamia. No alcanza a ver serenidad o apacibilidad. En su destino inescrutable sólo tiene certeza del caos.

Con el porvenir sellado, Dmitri asume estoicamente que está reservado lo peor para él. Su desenlace será la muerte o la prisión. El suicidio es tentador para él,

como también el dejarse apocar por el sistema penitenciario. Contemplar la redención es un sinsentido. Si lo único claro ha sido la infamia y no sabe qué será de él, parece imposible que su comportamiento tenga un cambio significativo. Antes de la tercera parte de la novela acepta con firmeza estas posibilidades. Con dolor, frente a la asfixia del destino, su único respiro es la resignación. Su última batalla es no dejarse sorprender por la fatalidad. Sin embargo el cambio sí llega, gracias a un suceso peculiar. Hacia el final de la historia Dmitri siente unas *inmensas ganas por vivir*. Su futuro deja de ser absolutamente sombrío. Con Grushenka a su lado, espera llevar otra vida. Ya no ser cautivo de la desgracia; ahora se propone ser libremente feliz.

El siguiente escrito girará en torno al cambio susodicho. Su finalidad última es describirlo y explicarlo. Dmitri se consumía por sus pasiones voraces. Vivía un comportamiento deleznable, sumido en una pena perpetua. El viraje en su vida le ofrece otra vivencia de sus deseos y un comportamiento más aceptable. De manera general, Dmitri descubre el bien y el mal en sus actos y motivaciones. Gracias a un breve pero desazonador sueño logra reconocer verdaderamente la perversidad con la que ha actuado. Reconocer implica afrontar. No significa un recuento para asombrarse por lo bajo que puede caerse o una justificación para el desenlace fatal. Reconoció sus actos y no quiso seguir viviendo a costa de ellos. Para reconocer sus deseos y actos como perversos, sus pasiones deben ser reconocibles como buenas o malas, esto es, ser vivencias inteligibles. Sólo puede haber espectro moral cuando no hay pulsaciones dominantes e insondables. El reconocimiento de los actos a partir de la inteligibilidad de las pasiones será la tesis central de esta reflexión. Brindar algún orden a su naturaleza permite la expiación de sus pecados. Arrepentirse de ellos conforma el viraje moral en su vida y lo hace «resucitar».

El desarrollo será dividido en cuatro partes. En el primer capítulo exploraremos las pasiones de Dmitri, es decir, cómo las vive e intervienen perjudicialmente en su vida. Abordaremos la rivalidad mantenida entre Dmitri y Katerina. Al revisarla en su comienzo, veremos que su cólera y rencor dificultan la aceptación de responsabilidades. El rencor lo ofusca, lo ofende, hiere su orgullo, lo domina; es

indicio de sus pasiones vivas y la lujuria que padece. En esa medida la rivalidad susodicha es ejemplar en su vida. La desmesura intempestiva lo arrastra a consecuencias indeseables. Sus pasiones lo someten dejando su voluntad maniatada. Ajenas a su control, acaban llevándolo a la ruina. Su caracterización como exaltaciones las presenta como absolutamente irracionales. Una situación tenebrosa donde sólo hay incertidumbre. Para Dmitri la belleza en las obras es un enigma doloroso al estar velado para la consciencia humana. Esta primera parte se basará en los capítulos tres, cuatro y cinco del libro tercero (*Los lujuriosos*).

En el segundo capítulo hablaremos acerca del posible suicidio. Estuvo a punto de ocurrir en la noche donde fue aprehendido. Se revela la opción como respuesta a un porvenir resuelto. Intentaremos buscar por qué ha llegado a esa conclusión o por qué la coyuntura hizo tentador el suicidio. Comenzaremos por la devoción de Dmitri por los órdenes inmutables. Según él, cada uno consigue un lugar irrevocable por sus méritos. La situación con su hermano, la aparente injusticia mortal que comete, es una de las tantas pruebas de su inferioridad). Esta consideración es decisiva y fatal. Además de ella, la orgía en Mokroie lo seduce con un engaño mortal. Cada detalle, cada elemento, conforma una ilusión bucólica. Los desmanes y tropelías de beodos materializan confusamente las lecturas románticas. Interpretar la orgía y uno de sus poemas recitados —en su confesión con Aliosha— mostrará su cercanía: el espíritu bucólico en común que excita a Dmitri. Principalmente el hecho de que, en el bacanal, siente haber rozado el máximo bien que puede haber. Eso, de algún modo, llevó a Dmitri al suicidio. También la mención y repaso de Friedrich Schiller permitirá ver cómo la representación poética las arrastra a un absurdo. Por lo dicho, puede verse que el segundo capítulo ocupará el último capítulo del libro octavo (*Delirio*).

Para el tercer capítulo hablaremos de un hito en la vida de Dmitri: el sueño de los angelitos. Después de ser interrogado, sueña con la devastación. Es un evento que lo confronta con la destrucción y dolor. Tenía el mínimo conocimiento —o secreta indiferencia— del desastre o daño que podía suscitarse. Le aparece tangible la destrucción en la naturaleza que idealizaba, aun si no se diera cuenta, en la orgía de capítulos pasados. El sueño lo cimbra, lo intimida, lo conmueve



profundamente. Nunca ha visto a los niños del sueño, sin embargo eso no impide reaccionar a lo que observa. Debido a la trascendencia en su vida, revisaremos la resonancia que tiene en Dmitri y aquello que le revela. Interpretarlo mostrará la realidad atroz con la que se conmueve y qué pudo mencionarle sobre su propia vida.

El suceso onírico lo encamina a ese viraje moral subrayado en esta introducción. El último capítulo será la puntualización de sus divagaciones surgidas a partir de esa noche: tratará la «resucitación» de Dmitri. Una verdadera felicidad se vislumbra en el horizonte y la muerte deja de parecer atractiva. Esta disposición permite que Dmitri vuelva a ser libre. Su vida insoportable y condenada se vuelve reparable. No está determinado por el sufrimiento ni subyugado a los acontecimientos infortunados. Explicaremos cómo lo visto en el sueño llevó a reconocer la importancia de la culpa en sus pecados. Sólo así la «resucitación» es posible; lograría que Dmitri se hiciera responsable de sus actos y cambiara su comportamiento. Aceptando la culpa, asumiéndose como pecador, Dmitri pide perdón por sus transgresiones. Enfatizaremos que detrás de su «resucitación» hay una idea de bien pleno. O como Dmitri lo llama: un hombre nuevo que no quiere abandonar. Sus deseos feroces, violentos, indómitos, se ven afectados con la presencia de éste.

Nadie espera nada de Dmitri. Sin sorpresa, es un canalla. Su infamia parece imborrable. Su conducta, inmejorable. Sin embargo la resucitación susodicha desafía la consideración anterior. La declaración de que ha nacido un hombre nuevo es un intento por desmentir las opiniones adversas. Si bien su infamia es imborrable, otro hombre aparece en el horizonte. Un hombre nuevo con miras a la virtud; los actos anteriores no condicionan los futuros. Además de afrentar las opiniones adversas, también es un intento por retomar el control de sus pasiones feroces. Someterlas para ennoblecer verdaderamente su vida. El cambio lo libera de la condena de la desesperación. Planteado en estos términos, el presente escrito también es una reflexión que se pregunta por la libertad humana: ¿en qué medida el hombre puede enmendarse moralmente? ¿Puede corregir sus actos deleznable? ¿Hay alternativa a la recurrencia habitual de ellos?

Una posibilidad que se maneja en la novela es la prisión. Los trabajos forzados y confinamiento son el trato justo para el criminal. El sistema judicial se hace cargo de quien irrumpe en la convivencia. Aísla y castiga a quien infringe la ley positiva y las normas morales. El prisionero no quiere sufrir de nuevo el castigo; lo sufre, el azote es su correctivo. Evitar el encierro incentiva a que no cometa nuevamente crímenes. El miedo al castigo contiene al criminal. En esta reflexión se explorará otra posibilidad marcada por la novela: el arrepentimiento. El retrato de Dmitri Karamázov puede mostrar su importancia y vigencia en el hombre. Sin él hubiera sucumbido al suicidio. Pudo seguir viviendo al culparse de sus actos y desear no haberlos cometido. Encontró una motivación suficiente y no pasajera.

Arrepentirse no sólo le salva la vida. Una verdadera posibilidad se le despejó: sin la culpa abrumante, ser feliz al lado de Grushenka. La nueva vida de Dmitri no sólo radica en la huida de prisión. Implica poder cambiar su aparente destino. No dejar que lo pensado o creído de antemano dicte los actos nuevos. La nobleza parece posible en el vicio habitual. Otra rectificación que no es mediante únicamente amedrentamiento y encierro. Su hermano menor le advierte lo inútil de la prisión para su vida. La verdadera reforma es expiar sus placeres pecaminosos. Con ello sería puesto en duda que las pasiones son exaltaciones. Placeres, dolores, anhelos, temores que sobrecogen y dominan al hombre. Un suceso, con la intensidad de un relámpago, aconteció a Dmitri y lo hizo replantearse su actuar y su desear. Le permitió reconocer de otro modo sus pasiones; ordenar su comportamiento caótico.

## II

Por otro lado, la reflexión permitirá revalorar la novela literaria como un medio agudo de comprensión ética. Podrá mostrar su virtud frente otra clase de obras: la presentación poética. Mediante esta presentación, la obra enfatiza la particularidad en los hombres, hecho expresado en la multitud de personajes presentes en la obra escrita. La descripción literaria destaca las cualidades propias y únicas. Delineando sus caracteres y leyendo sus intervenciones a lo largo de la historia,

se pone en evidencia sus diferencias. Implícitamente se deja asentada la variedad de hombres existentes. Refiriéndonos a la novela a tratar, por ejemplo, el entusiasta y cándido de Aliosha es muy distinto con el astuto y prosaico de Rakitin. El catastrófico y sensual de Dmitri dista del lacónico y mortalmente determinado de Iván. Por su composición y ser producto de la observación, la novela ofrece un tratamiento adecuado al amplio espectro en el hombre.

Las disertaciones, en cambio, recurren a la abstracción para elaborarse. Mediante la categorización hallan elementos en común para generalizar una multitud. De esta manera, se consigue un tratamiento más fácil y asequible, surge la posibilidad de afirmar conclusiones confiables acerca de poblaciones o fenómenos generales. A pesar de este atractivo, conlleva un riesgo al hablar de problemas relativos a la moral humana: la simplificación del hombre. En breves palabras, en una disertación, con el fin de alcanzar una certeza general, la omisión de particularidades puede ser llevada a un exceso. Deseos, dudas, sueños, temores, emociones, aspiraciones, susceptibilidades, comprensiones de mundo, incluso apariencia física, se ven reducidos o borrados por un criterio definido por el interesado en el estudio preciso sobre el hombre. Esta consideración destaca por la exactitud, aun si muchos elementos y aspectos quedan fuera de contemplación. Este principio se conserva también en algunos modelos económicos-utilitarios donde el amplio espectro humano es configurado en conductas delimitadas y predecibles.<sup>1</sup>

En una reflexión moral es gran ventaja reconocer la variedad entre los hombres y en el individuo mismo. La evaluación de las obras humanas y la búsqueda por el bienestar superior se turban por la simplificación del hombre. La comparación limitada entre valores y caracteres favorece incurrir en el error de la parcialidad. Entre más se conozca, se cubren más posibilidades de actuar y así se despeja el camino a la excelencia humana. Asimismo la categorización deficiente de un carácter no permite comprenderlo a profundidad. Se conceptualiza de un modo limitado y el individuo es comprendido parcialmente. La sensibilidad poética

---

<sup>1</sup> Cfr. El capítulo *La imaginación literaria* en Nussbaum, Martha, *Justicia Poética*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1997

mira por la integridad del hombre; tiene la prudencia de aceptar el misterio y complejidad humana en vez de la limitación y simplicidad. Partiendo de la noción aristotélica de *mimesis*, el novelista no sólo triunfa al imitar las acciones, sino, en esa medida, imita a la vida misma. La novela puede ser un acceso confiable a la veracidad humana.

## Fiereza pasional

Hablando desde las primeras impresiones, Dmitri Karamázov aparece como un personaje complicado. Emitir un juicio moral inmediato o tratar de mirarlo a partir de un calificativo, se propone como una tarea sumamente difícil. Por momentos el hombre se encuentra en medio de tribulaciones y tormentos, en otros se encuentra entusiasmado y en un éxtasis al borde de las lágrimas. Estas variaciones en su carácter lo hacen pasar frente a otros personajes de la novela como alguien intimidante, impulsivo y despreciable. Recordemos, por ejemplo, cómo Smerdiakov le teme en sus encuentros furtivos o las miradas escudriñadoras puestas por sus jueces en el tribunal. El hilo principal de la novela depende de Dmitri. Curiosamente el personaje decisivo de la novela es también el más ajeno a los demás.

Teniendo este carácter tan intempestivo, hace parecer al mismo Dmitri como encerrado en sí mismo. Es decir, sus actos exacerbados parecen únicos. Nadie más actúa así. También Dmitri es tan violento y errático que solamente se escucha a sí mismo; no sigue ningún consejo ni respeta alguna autoridad. Smerdiakov no sabrá si en un arranque de cólera el joven Karamázov lo asesinará, tampoco sabe si podrá detenerse antes de quitarle la vida. La incompreensión, temor y rechazo por el resto de los personajes propician un aislamiento del mismo. En algún modo esto influye para que la decisión del jurado se incline fatalmente; el homicida es visto como extraño y ajeno. Otro pasaje que refleja su tensión y hostilidad con los otros, corresponde a las *Tribulaciones del alma* (libro noveno, capítulos 3-5). De manera general, conforme avanzan los capítulos, vemos los cambios anímicos del supuesto culpable. En un principio parece acceder al interrogatorio y se muestra amable, sin embargo el encuentro se torna ríspido y difícil. El fiscal y jefe de policía Mijaíl Makárovich confirman su mirada escrutadora con cada pregunta elaborada, las respuestas obtenidas van constituyendo una versión en contra de su inocencia. El escenario se vuelve tan difícil que, en un momento de irritación (*Segunda Tribulación*), Dmitri llega a

sentirse como acosado por lobos. El interrogatorio es para él una cacería, como si el resto se empeñara en perseguirlo y devorarlo.

Por otro lado, su encerramiento también es sometimiento. Dmitri se encierra al ser vencida su voluntad. Su carácter licencioso cumple sus deseos, no importando si lo orilla a los peores problemas o a una mala imagen en la ciudad. Debido a que Dmitri se halla a merced de sus pasiones, no tiene mucho control sobre sí. Mientras sufre no sabe o comprende qué le sucede. Perplejo y con la voluntad derrotada, se halla sometido a sus pasiones violentas. Así como alguien maniatado, sus deseos predominan sobre sus decisiones. Lo mantienen sordo frente a reprimendas y ciego a los repudios. Ambos encerramientos descritos, en realidad, conforman el mismo. Las acciones impúdicas e intimidantes propician la desaprobación y menosprecio del resto de los personajes. El desastre pasional lo conducen a su aislamiento.

A partir de este panorama, podemos hacer un cuestionamiento específico de Dmitri. Es evidente que vive atormentado, sin encontrar ninguna apacibilidad o felicidad. Repetidamente en la obra se lamenta por las penas que le aquejan y su condición infame. Sin embargo continúa con los embates pasionales, cometiendo actos de los cuales se avergüenza al momento. ¿Cómo ocurre esta contradicción? ¿Puede obrar como no se quiere? Visto desde otro cariz, cómo son sus pasiones con su voluntad subyugada. Obviamente, para cumplir el intento de responderla, debemos suponer y probar que también podemos encontrar algún sentido o explicación a todo el embrollo pasional. En otras palabras, en la vida desastrosa de Dmitri aún podría ofrecerse un razonamiento para explicarla. Tal hecho sería contrario a la actitud de los personajes, dado que prefieren denostar al mismo. Hallar razones o explicaciones evita los juicios morales inmediatos o rápidos; notamos lo engañoso y simple de las primeras impresiones.

Siendo Dmitri alguien con un comportamiento cambiante, en el cual muchas veces sus obras no reflejan lo que piensa, resulta importante una confesión emitida por él mismo. Solamente por una apertura intencional de Dmitri, el lector puede enterarse de primera mano acerca de su carácter y pensamientos —por muy confusos y cambiantes que sean—. Dicha confesión se presenta los capítulos

tercero, cuarto y quinto del libro tercero (*Los lujuriosos*). Atendiendo a su forma, advertimos que la confesión se compone de tres partes.<sup>2</sup> Éstos comparten el aspecto dramático, es decir, el contexto donde ocurre la narración. Sin saber concretamente la finalidad, Aliosha es solicitado por Katerina Ivanovna. Fortuitamente el joven se encuentra con su hermano mayor escondido en la casa contigua a la de su padre. En realidad ni uno ni otro estaban buscándose para conversar; el encuentro se dio al azar. Usualmente el pecador se propone ir con su confesor para aliviar su pena. A diferencia de éste, Dmitri se encuentra sin esperarlo con su confesor (o *ángel terrenal*, como lo llama). La falta de intencionalidad por parte del pecador, hace dudar sobre su confesión. También un detalle que la pone en duda es la botella de coñac sobre la mesa. Paradójicamente Dmitri emitirá su confesión cuando su raciocinio se halla alterado, incluso se admite como exaltado y no bajo pleno dominio de sí. Es evidente y claro el tormento vivido por el hombre. Pese a ello, no obstante, esta supuesta búsqueda por la expiación no es verdadera. Aunque Dmitri declare actos atroces y su remordimiento, esta aparente confesión no conseguirá aliviarlo. Es una exposición de los problemas y sufrimiento a Aliosha.

Conforme Dmitri supuestamente se confiesa con Aliosha, sus lectores nos enteramos de sus desavenencias con Katerina Ivanovna. Destaca primeramente que la relación jamás tuvo un buen comienzo. En un evento de bienvenida, ella recibe a Dmitri con altivez y desprecio. Contrayendo sus labios y apenas mirándolo, el gesto hecho por Katerina hiere en lo más profundo al joven Karamázov. El agravio penetra tanto que un rencor temible se apodera de su corazón. A partir de ahí, no habrá olvido de ese agravio. Este incidente será el principio de una rivalidad entre Dmitri y Katerina donde se considerarán contrincantes a vencer. Así comienza una confrontación que se desarrollará a lo largo de la novela. En ocasiones Dmitri será el ofendido, en otras será Katerina, pero ambos comparten ese afán por verse con mayor dignidad.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> El capítulo tercero se titula *Confesión de un corazón ardiente. En verso*; el cuarto, *Confesión de un corazón ardiente. En anécdota*; el quinto, *Confesión de un corazón ardiente. «Patatas arriba»*.

En algún punto de su confesión, Dmitri ofrece una descripción de Katerina. Dicha descripción podría poner en duda que él ve como su rival a la joven: «Me daba cuenta, sobre todo, de que Katénka no era lo que se dice una inocente colegiala, sino una persona de carácter, orgullosa, virtuosa de verdad, por añadidura muy inteligente e instruida, mientras que a mí me faltaba lo uno y lo otro.»<sup>4</sup> En efecto, aparentemente, el extracto podría apuntar a que la rivalidad entre ambos es falsa. Si Dmitri admite que ella es superior por ser *inteligente* e *instruida*, no parece asumirse al mismo nivel para que ambos pudieran confrontarse. Sin embargo es una consideración cínicamente falsa. Junto a la inteligencia e instrucción, Dmitri añade que es alguien de *carácter* y *orgullosa*. A pesar que Dmitri vea con gran estima a Katerina, las virtudes halladas no lo hacen desistir. En realidad éstas se le presentan como un desafío a su espíritu rijoso; Katerina es virtuosa pero también *orgullosa* y de *carácter*. Hay mayor victoria cuando alguien inferior puede vencer a quien lo supera.

Sabemos por la confesión que, en algún momento, Dmitri fue la única solución para algún problema económico de la familia. Favorecido por los sucesos, su corazón herido y rencoroso tiene la oportunidad perfecta para llevar a cabo su venganza. El teniente coronel, padre de Katerina, sufre un adeudo inesperado al no haber la retribución apostada en la feria local. Dmitri acepta apoyar con dinero para solventar la deuda, aunque pide a cambio que Katerina vaya por el dinero prestado. Con ello es tentado a devolver el agravio y humillar a su ofensora. Al verla en su puerta, tentado por unos segundos, le menciona que su ofrecimiento no era serio y únicamente puede proporcionarle una cantidad menor. Dmitri parece haber desistido de su venganza; no la dejará en su puerta esperando el dinero. Sin embargo, mientras hurgaba en el cajón, sintió un ardor en su frente. El ardor era tan vivo que contrastaba con lo gélido de la ventana al recargarse. Dicha

---

<sup>3</sup> Para ambos personajes esta apreciación por la dignidad es ambigua. En ocasiones parece confundirse con la vanidad, al menos no queda claro en la historia. Recordemos, por ejemplo, ese afán casi obsesivo de Katerina por querer salvar a su prometido. No queda claro si lo hace por ser un acto noble o por querer cumplir con su honor ante los demás. En esta situación los agravios serían personales y no una cuestión de nobleza. No serían actos propiamente viles, sino actos que sólo afectan el interés personal.

<sup>4</sup> Dostoyevski, Fiódor, *Los hermanos Karamázov*, Madrid, Alianza Editorial, 2013, p. 189. A partir de aquí, todas las citas correspondientes a *Los hermanos Karamázov* pertenecerán a la misma edición.



observación sugiere que el rencor sigue muy presente, a pesar que Dmitri cedió en su venganza. Quizá como lectores no sabemos qué lo hizo cambiar de parecer. Lo que sí vemos es su frustración y confusión después que Katerina se marcha de su casa. Para Dmitri no hay nada noble en su última decisión. Resistir a la venganza no le parece digno. En realidad siente el deseo de clavarse su espada en el pecho. Su rencor no pudo apaciguarse y en medio de su frustración el hombre no soporta ni su propia vida.

Esta frustración y dolor no sólo evidencian la confusión pasional en Dmitri, también podrían confirmar que su confesión no es legítima. A diferencia del pecador que busca expiar su culpa, Dmitri no se encuentra avergonzado por lo que estuvo a punto de hacer. No desistió de su acción por parecerle ruin y vergonzosa; el ardor es indicio de que todavía había disposición a cometerla. La venganza ardía en su carácter. Propuesta la lid contra Katerina, Dmitri no acepta sufrir agravios sin responderlos. En el fondo no asume que intervenga en esta relación violenta. Sus actos y malas intenciones son repercusión de la mujer altiva y orgullosa. Su rivalidad declarada no permite que encuentre alguna responsabilidad.

Dmitri se siente excusado de su comportamiento. Por lo mismo no experimenta ningún pudor o vergüenza en sus acciones. Durante el comienzo del cuarto capítulo (*Confesión de un corazón ardiente. En anécdota*), mientras relata sus excesos con mujeres, el rubor no se hace presente en su rostro. En cambio, sí aparece en su hermano. Contrasta en ambos la percepción que tienen sobre ese acto. Evidentemente las pasiones de ellos no son iguales, no viven del mismo modo la lujuria. En las palabras de Aliosha, «quien ha puesto el pie en el primer peldaño lo pondrá necesariamente en el último». Esta imagen sugerida hace notar que, para Aliosha, el peligro no se encuentra en cuántos actos viciosos se han cometido o qué tan desvergonzados son. Lo perverso del acto no se reduce a cuántas veces se ha repetido o si ha sido muy perjudicial. Aliosha aborrece la lujuria desde que se presenta en un solo acto, por muy simple que sea. Su aparentemente insignificancia ya es significativa para él. Según esto, la lujuria está presente desde la mirada lasciva hasta el acto más salvaje.

A Dmitri le parece ridícula la consideración de su hermano. No entiende ni cree que Aliosha pueda admitir experimentar las mismas pasiones. Es inverosímil que haya podido recorrer los *rincones sórdidos y oscuros*. Le parece demasiado inocente para que haya podido vivir lo mismo que Dmitri; su juventud lo mantiene a salvo de la perversión. A diferencia de Aliosha, no reconoce una pasión maligna en las intenciones o los actos más simples. No le parece que alguien discreto, que actúa mayormente con bondad y ternura, pueda al menos pisar el primer escalón. Mientras Dmitri alude a sus experiencias en los *rincones sórdidos y oscuros*, no tiene ninguna reserva en contarlo. No cree que haya cometido placeres deshonorosos o, en el fondo, no le importa o concierne. A pesar de ubicarse en las tinieblas morales, no muestra escozor por alguna de sus juergas o flirteos lujuriosos con las mujeres. Para Aliosha toda la escalera de la lujuria es ignominiosa; para Dmitri la ignominia está en el último peldaño. La ordenación de placeres y actos es distinta.

El desenfreno mostrado en Dmitri es consecuencia del dominio ejercido por las pasiones. Al sentirse atraído por las mujeres, Dmitri se siente arrastrado a pasar la noche con ellas. Al recibir una afrenta, Dmitri se siente arrastrado a desahogarse con golpes. Al frustrarse su rencor vengativo, la espada en el corazón parece alternativa; es mejor morir a no satisfacer los anhelos impetuosos. Aunque parezca un acto de continencia (evitar humillar a Katerina), en realidad sus deseos perversos permanecieron en el corazón. El ardor abrasante en su frente es indicio de la viveza de su pasión. Dentro de la primera parte de la confesión, al hablar que solamente quiere a dos personas en el mundo (entre ellas Aliosha), menciona lo siguiente: «Sólo a ti y aun cierta “infame” de la que me he enamorado y con ello me he perdido. Pero enamorarse no significa amar. Es posible enamorarse incluso odiando. ¡Recuérdalo! ¡Por ahora hablo con alegría!»<sup>5</sup> Contradictorio, casi imposible, Dmitri caracteriza el modo en que ama a la cierta «*infame*». Interpretando la caracterización, observamos que, en vez de sentir lo maravilloso del amor, siente lo terrible del odio, y en vez de sentir aversión hacia la mujer infame, no puede librarse de esa atracción fatal. El amor sufrido se encuentra en

---

<sup>5</sup> *Confesión de un corazón ardiente. En verso* (libro tercero, capítulo III)

un vaivén de placer y dolor, felicidad y odio. Lo cambiante y embrolloso de sus pasiones hace que resulte difícil poder reconocerlas como realmente complacientes o rechazables. De acuerdo a esto, sin que pueda controlarlo, puede estar en el gozo y luego en el aborrecimiento. Desistiendo al control o sin capacidad para ello, Dmitri disfruta las juergas nocturnas para luego padecer sufrimientos parecidos al remordimiento. Puede considerarse infame posterior a realizar algo deshonroso, aunque en el fondo dicho acto no lo mueva a la vergüenza. Ni sabe propiamente qué anhelan sus deseos ni tampoco los aprueba; la voluntad de Dmitri es dominada por sus pasiones.

Situados en el mismo pasaje, cuando habla de la mujer infame, acaba su intervención puntualizando la caracterización de sus pasiones: «Porque tú eres al único a quien le diré todo, porque es necesario, porque tú eres necesario [...] porque mañana la vida terminará y comenzará. ¿Has experimentado, has visto en sueños cómo se rueda de la montaña a un abismo? Así vuelo yo, aunque sin soñar. No tengo miedo ni tú has de tenerlo tampoco. Es decir, tengo miedo, pero es dulce. Es decir, no es dulzura, es exaltación.»<sup>6</sup> Evidentemente el pasaje muestra la euforia y quizá el sinsentido propiciado por el alcohol, sin embargo también apunta a describir las pasiones como exaltaciones. Intentando describir qué siente con el cambio que se avecina (*mañana la vida terminará y comenzará*), Dmitri tropieza sin conseguirlo. El único nombre que proporciona, resignado, es exaltación. De ese modo, sabemos de primera mano, Dmitri experimenta sus pasiones; el amor, el odio, el miedo son arrebatos tan vivos que sobrepasan su reconocimiento y control. El frenesí es tan ágil y violento que se percibe como amor, odio, miedo. Sus pasiones son pulsiones rebosantes.

Actuando impulsivamente, su comportamiento se acerca mucho a la vida bestial. Desistiendo a confrontar sus instintos, sus actos nacen preminentemente de ellos. Sin un intento por reconocer alguna nobleza, sólo se conduce por el bien de la concupiscencia. No es coincidencia que el mismo Dmitri se asuma recurrentemente como un insecto (*Yo soy ese insecto, hermano, y eso se ha dicho especialmente de mí*). Así como el bicho se arrastra por la tierra, él vive conforme

---

<sup>6</sup> *Ibidem*

a su sensualidad. Sin capacidad para avergonzarse ni tener alguna distinción entre mejores placeres, su satisfacción se reduce a la sensualidad. Si su corazón es poseído por la cólera y rencor por su padre, no se detendrá en acabarlo furiosamente a golpes. Eso le traerá satisfacción efímera, la cual después se tornara frustración que termina en lágrimas.

Las pasiones desenfrenadas violentan la vida del joven Káramazov. Bajo esta violencia, los actos se vuelven súbitos o inesperados. La pasión arrastra los actos. La decisión no es tomada en su cabalidad; no es primordialmente racional. Ni tampoco tiene alguna idea acerca de las consecuencias. Su determinación realizada está conducida por los placeres caprichosos de la pasión feroz. Al no haber una continencia suficiente para decidir, tampoco puede haber ningún intento de reflexión o introspección. En ese sentido, su condición desastrosa le parece un misterio o un callejón sin salida. Dmitri vive así resignado.

Sin reconocer el honor, su dicha se reduce a los placeres desmedidos o excitantes. No existe nada encomiable en ellos. En algún momento estos placeres satisfacen a Dmitri, sin embargo, en el fondo, sufre por sus actos y la dicha rápidamente se esfuma para no perdurar. A pesar de complacerse intensamente, en sentido estricto Dmitri no vive feliz. Estas condiciones llevan a Dmitri a la desgracia presente.

Hacia el final de la confesión en verso, el joven termina con un discurso que señala una probable aspiración fatal en el hombre: «Tempestades, porque la lujuria es una tempestad, ¡es más que una tempestad! ¡La belleza es una cosa terrible y espantosa! Es terrible porque es indeterminable y no hay modo de determinarla porque Dios no ha planteado más que enigmas. Aquí las orillas se tocan, aquí se viven todas las contradicciones. Yo soy muy poco instruido, hermano, pero he pensado mucho en esto. ¡Hay una terrible cantidad de misterios! Son demasiados los misterios que oprimen al hombre en la tierra. Descífralos como entiendas y sal del agua sin mojarte. ¡Magnífico! No puedo soportar, además, que hasta un hombre de elevado corazón y mente clara empiece con el ideal de Madona y termine con el ideal de Sodoma [...] Lo que a la mente se le

ofrece como oprobio al corazón le parece hermosura y nada más.»<sup>7</sup> La irracionalidad en la vida de Dmitri le dificulta poder discernir entre bien y mal. Actuar bellamente u honorablemente le parece imposible, otro de los tantos *enigmas* que Dios ha *planteado*. Si toda clase de belleza es un *misterio*, incluso la que trasluce en las acciones virtuosas, el hombre nunca podrá actuar bien. La virtud es un sueño fugaz y dulce, el cual jamás podrá llevarlo a cabo. Por ello es *terrible* y *espantosa*: algo inasible que sólo siembra incertidumbre en el corazón de los hombres. En buena medida, la exaltación pasional contribuye a esta ofuscación en cuanto a las acciones humanas. Según Dmitri, cuando somos dominados por la pasión, no hay actos verdaderamente destacables. El enigma acerca de lo bello y el bien se nubla por caprichos pasionales. Por ejemplo, el rencor en Dmitri es capaz de poseerlo para lanzarlo a los golpes contra su padre. Esto sucede sin que haya deliberado si lo que hace es un acto de probidad o bueno.

Si el hombre no tiene capacidad para reconocer el honor o la virtud, su vida será llevada en *contradicciones*. A pesar de que pueda complacerse, posteriormente mudará al sufrimiento. Lo placentero de sus regocijos nocturnos se desvanece tan pronto para que sus pensamientos lo atormenten en el amanecer. El vaivén entre placer y dolor es más intempestivo sin aquella capacidad de reconocimiento. Por ejemplo, el dinero tomado a Katerina y ocupado en Mokroie con Grushenka. Dicho dinero es despilfarrado entre golosinas y alcohol para regocijo de la hostería. A pesar de haber gozado esa noche, en días posteriores se encuentra angustiado y preocupado por restituir el dinero a toda costa. Lo que alguna vez deseó, después le causa profundas cuitas.

Respondiendo a la pregunta inicial, la pasión desmedida —desbordada— se escapa del control humano y puede llevar al hombre a consecuencias indeseadas. Para quien cree que la vivencia pasional es exaltación, los caprichos y tempestades del corazón son tan enigmáticos que los intentos por los actos bellos jamás serán confiables ni habituales. Decidir actuar bien o mal, honrosamente o cínicamente, se ve dificultado ante el sobrecogimiento de la pasión. Esto no sólo

---

<sup>7</sup> *Ibidem*

porque el raciocinio se ve nublado, sino que también resultan engañosos los placeres ofrecidos por la concupiscencia. Dada esta incertidumbre, todos los intentos terminarán en desastres lujuriosos o aspiraciones fatales. La concupiscencia nunca será suficiente para la felicidad. A pesar de que parezca una belleza sensual, *a la mente puede ofrecérsele como oprobio* y el hombre vive en contradicción. El placer insuficiente y caótico puede llevarlo rápidamente al sufrimiento más atroz.

Si *el alma humana es demasiado vasta*, para el hombre resultará insondable. No teniendo conocimiento sobre sí —ni un resquicio— no podrá vislumbrar lo conveniente para él. Resulta inútil hallar la perfección del alma si ésta no tiene un orden establecido; será imposible afirmar su belleza si los actos no apuntan a una justa medida. La pasión como exaltación hace parecer al espíritu como vasto por ser súbita y engañosa. En tales términos parece que el hombre siempre se sorprende con algo nuevo respecto a ella y no tendrá nada de certeza. Sin tener una orientación acerca de lo conveniente, Dmitri está en peligro de cometer actos que terminen por lastimarlo o hacerlo sufrir. Este desastre, junto con el bien pleno como posibilidad remota, conforma una tragedia en la vida de Dmitri. Como héroe trágico, todos sus esfuerzos se ven socavados no por el designio divino, sino por las fieras de su alma. La ruina de Dmitri tiene como principio el sobrecogimiento de la pasión; el espíritu ardiente acaba abrasándose a sí mismo.

## Suicidio y tragedia de Dmitri Karamázov

En el anterior capítulo revisamos la atadura en Dmitri por sus pasiones feroces. Lo calificábamos como encerrado al no controlar su comportamiento y tener sometida su voluntad. Sus acciones son dominadas por los caprichos de sus pasiones. Ahora hablaremos acerca de otra atadura en la vida de Dmitri. Recurrentemente se apena, lamenta o queja por su desgracia, sin embargo tampoco vemos un intento contundente por dejarla. Quizá las circunstancias e ideas morales no le hacen claro el viraje. Movido más por la exaltación, Dmitri abraza ciertas concepciones de hombre y nobleza. A través de la narración escuchamos los ecos románticos; algunos detalles narrativos —como la dramatización o los extractos poéticos— permiten vislumbrar la asociación que tiene con ellos. Por ejemplo, el jardín donde transcurre la confesión con Aliosha. En otro tiempo fue efigie de la belleza y perfección de la naturaleza, sin embargo el paso de los años lo ha descuidado. Alrededor de los hermanos hay vegetación moribunda; en medio una mesa consumida por la humedad. La decadencia y ruina del jardín puede ser comparable con Dmitri. El auge romántico se ha perdido, junto con la nobleza de Dmitri.

En lo siguiente reflexionaremos y explicaremos que, en caracteres como Dmitri, la visión romántica malversa cualquier viraje moral. Dicho de otro modo, reflexionaremos por qué esta visión no lo conduce a una redención verdadera y lo sume en una frustración mortal. En sentido estricto, no haremos un abordaje o estudio muy exhaustivo del romanticismo. Acotando dicha visión del hombre, nos ceñiremos a los recursos ofrecidos por la novela y sus alusiones. Interpretaremos los extractos poéticos de la confesión y el pasaje donde Dmitri preside el festín nocturno (libro octavo, capítulo octavo). Con ello daremos alguna certeza la manera en que le afectan, principalmente en sus afectos y alegrías. Atendiendo a las alusiones, retomaremos brevemente las concepciones de Schiller sobre libertad y naturaleza. Plantearlas en la presente reflexión dejara comprender el trasfondo teórico y su intervención en la representación poética.

Procederemos, primero, señalando que Dmitri asume como la dignidad irrecuperable. Según él, una vez que se ha perdido, ya no puede restituirse. Esta creencia queda ejemplificada en su resolución sobre el triángulo amoroso que sostiene con Katerina e Iván. Posteriormente interpretaremos el festín orgiástico ocurrido en Mokroie y su vínculo con la vida sombría de Dmitri. Trataremos de preguntarnos qué conexión puede haber entre un episodio tan festivo y la desesperación amarga del joven Karamázov. De este modo lograremos encontraremos una hipótesis acerca de su intento de suicidio. El contraste es interesante, ya que Dmitri se siente satisfecho en un escenario festivo y, no obstante, se pone el arma en el pecho a punto de dispararla. Si en el capítulo anterior decíamos que Dmitri vivía de manera catastrófica por no tener una orientación en cuanto a lo conveniente, veremos que la vía romántica es insuficiente y un riesgo fatal para Dmitri.

Empezamos hablando acerca de la dignidad de Dmitri. Situados en la última parte de la confesión, nos enteramos de su decisión por renunciar a su compromiso.<sup>8</sup> En su propia consideración, Katerina sólo mantenía su compromiso por querer salvarlo. Teniendo ella un espíritu con *más elevados sentimientos*, él no es digno de esposarla por el resto de su vida. Con ello estaría *violando la vida y destino* de Katerina. Soportar y tratar de salvar a un alma *un millón de veces más mezquina que la suya*, podría arruinar a una doncella con un espíritu superior. Es decir, el prometedor futuro de ella sería finado por Dmitri. En estos términos el prometido es el grillete de la joven. Junto a ello, la situación por el amor que siente Iván por ella. Para su hermano mayor, Iván vive resignado y enfadado al observar la situación más ventajosa de él. Alguien educado y aparentemente digno debería esposarse con alguien noble y de *elevados sentimientos*; para Dmitri su matrimonio con Katerina se convierte en una rotunda y clara injusticia.

Rechazando tajantemente, Dmitri le comenta a Aliosha que el destino se cumplirá y su hermano Iván efectivamente esposará a Katerina: «[...] el digno permanecerá en su sitio mientras que el indigno se hundirá en el callejón para toda la vida, en su sucio callejón, en su preferido callejón, que es el que le

---

<sup>8</sup> Cfr. *Confesión de un corazón ardiente. «Patatas arriba»* (libro tercero, capítulo V)



corresponde, y allí, en la porquería y hedor, se perderá voluntariamente y con placer.»<sup>9</sup> Dmitri asume que cada hombre merece la posición que ha logrado por medio de sus actos. Dicho de otro modo, cada vida es efecto irreversible de los actos del hombre. En ese sentido el modo de vida no hábito conformándose, sino una resolución condenatoria. Nada podría cambiar lo que hemos hecho; nuestras consecuencias dictan el futuro. Su vida no se rige por una moral dinámica, sino por una jerarquía a la que se aspira. Si Iván es alguien educado, civilizado y aparentemente sin ninguna inmundicia, no merece que sus aspiraciones amorosas sean frustradas, y menos con alguien de *elevados sentimientos*. Dmitri considera esto como un error —tan grave como un crimen— en contra de su hermano. Cabe atender al lenguaje empleado en su resolución. La gravedad enfatiza la determinación en su noción de justicia. Su radicalidad es evidencia de la irrevocabilidad. No se inmute con que su trayectoria de oprobio crezca con otro acto criminal, sin embargo no acepta cometerlo contra su hermano. No hay cambio posible: el hombre noble merece lo mejor, mientras el ruin y disoluto merece lo peor.

A Dmitri esta humillación le parece adecuada a su condición. Considera que ha perdido toda dignidad y por lo mismo no es comparable con Iván y Katerina. Habiéndose divertido con placeres deshonorosos, como el gozo con jóvenes mujeres engañadas o pendencias feroces con otros hombres, a modo de condena sólo le resta sufrir. Sabe que actuó de una manera reprobable, por lo mismo rehúye y niega felicidad alguna. No se considera acreedor a ella. Bajo su óptica, el orden es inviolable y lo justo es morir en su lugar natural: el vicio o el *sucio callejón*.

A pesar de lo anterior, en algún momento de la historia Dmitri parece no padecer una condena. En un solo pasaje Dmitri puede verse no oprimido por el sufrimiento. La situación tan sombría contrasta con el capítulo final del libro que lleva su nombre. El libro octavo, cuyo título es diminutivo del personaje susodicho, cierra con un episodio festivo. A lo largo del mismo libro vemos la desesperación de Dmitri por conseguir el dinero y poder saldar su deuda con Katerina. Con ello,

---

<sup>9</sup> *Confesión de un corazón ardiente. «Patás arribas»* (libro tercero, capítulo V)

piensa, podrá cumplir su destino con Grushenka, la única mujer malvada y lujuriosa acorde a su condición disoluta. Por diversas circunstancias todos sus intentos se ven arruinados; hasta el mismo hilo de sucesos parece no discordar con que Dmitri permanezca en el *sucio callejón*. En el último capítulo, los polacos se retiran de la estancia principal, entre ellos el benefactor y antiguo amor de Grushenka. Su retiro es interpretado como liberación de la misma Grushenka. Así, a modo de celebración, comienza el festín orgiástico, cuyo proveedor principal es Dmitri. Gracias a su dinero y los víveres conseguidos por él, mujeres y *mujiks* aprovechan el alimento y golosinas ofrecidas. Acompañados por violines y cítaras, la noche transcurre en burlas, danzas y éxtasis. Dmitri no solamente es el proveedor de alimentos y alcohol, también se erige como quien preside el festín. Manda a preparar té y chocolate para toda la noche. La parafernalia entera se hallada dedicada a la diosa de su felicidad: Grushenka.

A pesar de ser una noche encaminada hacia el descontrol —o desastre— en el ambiente se respira alegría. Sin restricciones Dmitri despilfarra dinero para quien lo pide, sin preguntarse si es amigo o extraño. El alcohol y golosinas están dispuestos para los invitados con ánimo de celebrar. Como lectores, tenemos una estampa de unos versos de *A la alegría* de Schiller (el mismo poema cuyo extracto recitó Dmitri en su confesión). Todo cuanto respira en el seno de la naturaleza bebe alegría.<sup>10</sup> En el festín se borran las distinciones sociales; todos participan en el regocijo. No importa si son mujik o soldados, todos se vuelven hombres en su naturaleza auténtica y esplendorosa. Sin duda la escena tiene ecos bucólicos. Sin clases sociales, nadie tiene mayores propiedades que otro. Dmitri provee lo naturalmente común a todos y ni el pobre se preocupa por las riquezas del acaudalado. Todo es alegría y baile entre los hermanos reencontrados por una noche; por medio del festín los lazos fraternales volvieron a establecerse... Y, sin embargo, el mismo Dostoyevski advierte lo siguiente: «En una palabra, empezó

---

<sup>10</sup> Versos 25-28: «Los seres todos alegría beben/en los pechos de la Naturaleza;/todos los buenos y los malos todos.» También la igualdad entre los hombres queda señalada desde los primeros versos (5-8): «Tus sortilegios atan nuevamente,/cuanto la moda, rígida, cortó;/los hombres todos hermanados quedan,/donde [alegría] tus suaves alas se demoran.»

algo desordenado y absurdo, pero Mitia parecía encontrarse en su elemento natural, y cuanto más absurdo se volvía todo, más animado se sentía él.»<sup>11</sup>

¿A qué vienen las palabras del escritor ruso? ¿Qué tratarán de señalar respecto a la escena que presenta? Por un lado, las caracterizaciones de absurdo y desordenado apuntan al estado de los involucrados. Sumergidos en el alcohol, todos festejan y bailan. A veces cometiendo estos actos ridículamente, como Máximov, sin detenerse o sentirse avergonzados. De modo análogo ocurre con el goloso que se deja dominar por su apetito; sin pudor se lanza como bestia por los alimentos puestos sobre la mesa. El raciocinio queda subordinado al cumplimiento de los apetitos. Subyugado cede al impulso. Embriagados pasan la noche los involucrados en el festín. Este ambiente desmesurado se adecúa muy bien con el espíritu caótico e irracional de Dmitri.

Por otro lado, las palabras del escritor ruso pueden tomarse a modo de advertencia. Como señalamos, el festín es un paraíso para los invitados y el mismo Dmitri. La liberación de Grushenka es el máximo motivo para entusiasmarse y festejar. El hecho no es insignificante para Dmitri, en realidad abre la posibilidad para que pueda tener alguna felicidad posible con ella. Es recuperar el amor merecido, amargo pero justo (recordemos que le resultaría una injusticia seguir su compromiso con Katerina). En cuanto a aquéllos, por una noche todos podrán gozar con los víveres sin pagar por nada. Quizá las frutas no caen de los árboles o el vino tampoco mana de la tierra, pero así parece ocurrir por ser accesible su disfrute para todos. Satisfacer los apetitos se encuentra al alcance de la mano, sin que el hombre tenga que sufrir trabajando para alcanzarlo. Estos placeres viscerales se acompañan del deleite auditivo de las cítaras dulces. Los lazos fraternales establecidos nuevamente hacen recordar a los presentes que el mujik es tan hombre como el soldado. El festín restaura el aspecto prístino del hombre. Sin distinciones sociales la Madre Naturaleza —o Dmitri— les hace justicia a todos, en su seno se respira la igualdad armónica. El festín es imagen de la alegría original, aquélla por la cual los hombres consiguen la satisfacción más

---

<sup>11</sup> *Delirio* (libro octavo, capítulo VIII)

plena, una ensoñación presente en la vigilia... Y, sin embargo, el ambiente es *desordenado y absurdo*, según el mismo Dostoyevski.

El festín puede ser considerado absurdo por ser falso. Aquello denominado como absurdo es lo disonante o contrario a la realidad. Un hombre inmortal, por ejemplo, es algo absurdo porque la mortalidad es un atributo esencial del hombre. Es decir, jamás un hombre permanecerá vivo perennemente, resulta irreal. En el mismo sentido el festín o restauración de lo natural son falsos. Por mucho que el mujik quiera considerar fraternalmente al soldado, permanecerá en su condición inferior. La celebración, con todo su simbolismo implícito, sería quimérico: los involucrados lo gozan ciertamente, pero es absurdo e irreal.

La advertencia de Dostoyevski avisa que este regreso hacia la naturaleza no ocurrirá, cuando menos en el festín. A pesar de que no haya restricciones que limiten el baile y el gozo, al final todo es ilusorio. Por una noche se conforma un edén que sólo existe dentro de la hostería en Mokroie. Al desalojar el edificio los invitados despertarán del sueño bucólico. La primavera habrá pasado al salir el sol. Dramáticamente este hecho también queda sugerido por dos aspectos: el título del capítulo y la llegada del fiscal y policías. El capítulo del festín es denominado como *Delirio*. Ya sea en medio del paroxismo de una enfermedad o una excitación muy intensa, el delirante padece alucinaciones. Entre experiencias y visiones, el delirante se engaña con imágenes falsas.

En cuanto al otro detalle dramático, recordemos que las autoridades judiciales llegan a la hostería por el crimen acontecido en la casa Karamázov. El fiscal y acompañantes se encuentran buscando a Dmitri, ya que resulta el principal sospechoso del asesinato de su padre. El festín se ve interrumpido por haberse derramado sangre. El ambiente de cordialidad y alegría queda terminado por el anuncio de un crimen cometido. Curiosamente el regocijo de la familia humana es interrumpido abruptamente por un parricidio. Ni siquiera la felicidad pura en la familia es perfecta. Otra vez, el golpe de realidad muestra que el festín es un sueño pronto a terminarse.

Lo absurdo del festín agrava la situación de Dmitri, debido a que es tentado a suicidarse. En sus palabras, Grushenka le parece clara y posible, después de no

tener ningún compromiso con los hombres polacos. Dmitri ha logrado defenderla y pudo encerrar los espectros del pasado que la acechaban. Contra toda circunstancia adversa, cambió la corriente de sucesos para cumplir su destino. Su proeza radica en no contravenir el orden anunciado en su confesión y, mediante sus acciones, llevarlo a cabo: el digno, Iván, tiene la posibilidad sin impedimento de Dmitri de expresar su amor por Katerina, mientras Dmitri tiene su placer destinado con la mujer perversa de Grushenka. Asimismo toda la gente en la hostería se encuentra contenta y celebrando por él. Dmitri, entre todas sus acciones ruines, ha podido traer satisfacción a otros (aunque esta satisfacción lleva implícita el desastre de embriaguez). Estos hechos conforman el cenit idóneo para suicidarse: el momento más brillante en su vida miserable y trágica.

Sin embargo Dmitri no dispara el tiro. Se cree responsable de la muerte de alguien en esa tarde, por tanto considera que el Sol no ha llegado a su máxima altura. Ante el máximo entusiasmo, destaca y pesa la atrocidad que cree haber cometido. Eso lo hace resignarse fatalmente, lo cual —curiosamente— le salva la vida del suicidio. Resignarse hace que abandone la idea de retirarse triunfalmente en el cenit de su vida. No acepta irse hacia el *otro mundo* sin haberse purificado; sin haber quedado completamente inocente. Justamente esta obsesión por purificarse se trasluce en la presión que tiene por conseguir el dinero prestado por Katerina.<sup>12</sup> A lo largo del libro octavo —*Mitía*— vemos su intento por llevarlo a cabo.

Siendo absurdo el festín, no resulta suficiente para librar a Dmitri de su condena. Nuevamente: el golpe de realidad —el crimen que creyó haber cometido— lo hace despertar de la fantasía embriagante. El acto violento y desesperado en la casa de los Karamázov lo sigue persiguiendo incluso en Mokroie. Dramáticamente puede quedar sugerido si notamos que el personaje decide alejarse para tomar un poco de aire; un breve pero significativo respiro lo hizo despertar del sueño. En dicho momento sus ideas se confunden y en un instante se le ocurre el suicidio. Entonces, a pesar de la danza y las risas, el placer

---

<sup>12</sup> Libro tercero, capítulo 5, *Confesión de un corazón ardiente*. «*Patás arriba*»: «Has de saber, Aliosha, que yo puedo ser un hombre bajo, un hombre de bajas pasiones y sin salvación, pero lo que no puede ser nunca Dmitri Karamázov es un ladrón, un ratero, un ladronzuelo de lo que se pone al alcance de la mano.»

suscitado fue ilusorio y efímero. No lograron que soslayara el crimen que cree haber cometido.

Este hecho muestra primeramente el aspecto trágico de la vida de Dmitri. Siendo un placer que muda rápidamente en sufrimiento, podríamos decir que la felicidad de Dmitri descansa en un placer intenso pero insuficiente. Toda la satisfacción traída por la juerga en la hostería no es tan duradera para que Dmitri pueda vivir con la felicidad imaginada. Pese a que aquella alegría y euforia parezca decisiva, en realidad lo engaña haciéndolo creer que se encuentra en el mejor momento de su vida. La felicidad de Dmitri está basada en una falsedad; el cenit resulta sólo una ilusión.

El festín nocturno es una alternativa falsa, sin embargo cabe decir que cualquier alternativa es dificultada por su condición. Con esto no sólo nos referimos a su carácter, sino a las mismas ideas en torno a la nobleza y virtud. Tales ideas pueden encontrarse sugeridas en la misma confesión emitida a su hermano. En ese sentido podríamos decir que los primeros capítulos del libro tercero (*Confesión de un corazón ardiente*) conforman el fundamento para lo que seguirá de Dmitri a lo largo de la novela. El orden establecido por Dostoyevski no sólo va acorde con la narración, sino con el mismo seguimiento temático de la novela. Retomaremos el primer extracto. Partiendo de él, dilucidaremos lo que significa la excelencia y perdición humana para Dmitri:

Tímido, desnudo y salvaje se escondía  
el troglodita en las cavernas de las rocas,  
por los campos corría el nómada  
y los campos devastaba.  
El cazador, con la lanza, con las flechas,  
amenazador corría por los bosques...  
¡Ay del que es arrojado por las olas  
a las inhóspitas orillas!

La estrofa nos remite a escenas de un pasado remoto. Los versos iniciales permiten imaginarnos a un cavernario que vive *tímido* en su refugio, albergado en un paraje rocoso. No ha preferido su refugio en un espeso bosque, sino en un sitio desierto. Su vida es solitaria y alejada de cualquier forma de vida, sea vegetación

o algún otro animal. Cabe enfatizar en la actitud del hombre: esconderse con timidez no es muestra de complacencia. Albergado en la naturaleza, desconoce el sitio donde se encuentra. Le parece amenazador o desconcertante. En otra escena vemos a un *cazador* no permanece en algún refugio. *Corre* por los campos y bosques para emprender sus cacerías, a lo cual le hacen llevar un modo de vida *nómada*. Sus acciones siempre conforman una *amenaza* para la vida natural. La supervivencia del cazador es a costa de los demás animales. En ese sentido se encuentra *devastando* los campos recorridos. Aquí se muestra el quehacer humano como asolador de la naturaleza, a pesar que el cazador avance raudamente por el campo fresco o la tierra de los bosques.

Con la interpretación empezamos a notar que ambos cuadros ilustran la ruptura del hombre con la naturaleza. Quien vive en la caverna, con la actitud del troglodita, vive en disrupción con lo natural. No solamente por su lejanía de los campos o escenarios boscosos, sino también por su percepción sobre ella al vivir. Análogamente sucede con el cazador nómada, quien mantiene latente su afán por devorar lo natural. En ambos advertimos la relación tensa, incluso frágil, entre el hombre y la naturaleza. Los últimos versos de la estrofa toman significado a partir de este hecho. El curso de la vida del hombre corre desde aquel remoto pasado para avanzar hacia el desconocimiento del esplendor natural. La ruptura no es abrupta, sino paulatina y honda. Así como el oleaje del mar acarrea especímenes a la arena, el hombre es traído a *inhóspitas orillas*.

La idea general que ronda la estrofa, con sus acotaciones ya aclaradas, habla acerca de la pérdida humana de su naturaleza. Esto significa la pérdida de su perfección natural y la perversión de su condición, así como una planta pierde su verdor hasta marchitarse. Schiller conoce bien esta desvirtuación y la advierte, por ejemplo, en su tratado *Sobre la gracia y la dignidad*. Es consciente de la diferencia del hombre y otras creaturas de la naturaleza. Aquello que lo distingue es su voluntad y libertad: «El hombre es, sin embargo, al mismo tiempo una persona, es decir, un ente que puede, él mismo, ser causa —más aún, causa absolutamente última— de sus estados y que puede transformarse según razones que halla en sí mismo. Su modo de manifestarse depende de su modo de sentir y querer, es

decir, de estados que determina él mismo en su libertad, y no la naturaleza según su necesidad.»<sup>13</sup> Al ser causa de sí mismo, no responde a otra causa para su movimiento voluntario. Lo que hombre motiva lo que quiere hacer. No está completamente subordinado al curso regular e incesante de la naturaleza. Por ejemplo, en contraste, otras creaturas como las bestias se rigen por su instinto. El hombre es capaz de desoír su instinto; la voluntad puede imponerse en su comportamiento. De ahí Schiller define la acción humana como el acto donde la voluntad interviene y rompe el *cercos de la necesidad*.<sup>14</sup>

Mediante las acciones humanas se producen acontecimientos súbitos. Por sus obras el hombre remarca su distancia de lo natural. Implícitamente la voluntad, por su misma capacidad, está en conflicto con la necesidad. En dicha relación se hace patente la fragilidad del hombre en el reino de la naturaleza. En la concepción de Schiller, el hombre es cuerpo y espíritu. La voluntad pertenece al segundo, mientras el contacto frágil con la naturaleza compete al primero. Al ser corpóreo, el hombre no está completamente desligado de la necesidad, aunque tiene la posibilidad de no limitarse ahí. Si bien el hambre exige al cazador alimentarse, lo que no le exige es la manera de satisfacerlo. Puede hacerlo con violencia, sutileza, sin crueldad, o incluso puede desatender el hambre (aunque el cumplimiento de su voluntad lo lleve a la muerte). La voluntad entra en relación con la necesidad al cumplir con unos de sus fines determinados, aunque no en el modo de llevarse a cabo. La primera causa de actividad es el hombre mismo.

La extraña presencia del ente con libre albedrío no lleva a Schiller a negar absolutamente su naturalidad. En particular, el cazador atenta a otras creaturas (*arrasa los campos*) e irrumpe en la armonía natural. En ese sentido, pese a su corporalidad, reafirma su distinción humana frente a otros. Las dos facetas, voluntad y necesidad, son una diferencia a superar. La virtud radica en la reconciliación entre cuerpo y espíritu, naturaleza y hombre, necesidad y voluntad: «Como la naturaleza, aunque fija al hombre su destino, confía a la voluntad humana su cumplimiento, la relación actual entre su estado y destino no puede ser

---

<sup>13</sup> Schiller, Friedrich, *Sobre la gracia y dignidad, Sobre la poesía ingenua y poesía sentimental y una polémica Kant-Schiller-Goethe-Hegel*, Barcelona, Icaria, 1985, p. 20

<sup>14</sup> Cfr. *Ibidem* p. 30



obra de ella, sino obra propia del hombre. La expresión de esa relación en su aspecto exterior no corresponde, pues, a la naturaleza, sino a él mismo; vale decir, es una expresión personal. Si conocemos, pues, por la parte arquitectónica de su forma, la intención que la *naturaleza* ha tenido con él, por su parte mímica nos enteramos de lo que *él mismo* ha hecho para cumplir su intención.»<sup>15</sup> La voluntad disruptiva es fuente de originalidad. Una *serie nueva de fenómenos* pueden iniciarse en la libertad humana. A pesar de ello, sus obras deben mantenerse en los límites de la naturaleza. Ejerciendo su *parte mímica*, alcanza la armonía de su ser. En busca de su humanidad más profunda (o gracia, como Schiller lo llama), el hombre aprende lo que es propio de él. Contempla y agudiza su sensibilidad para descubrirlo y luego *exteriorizar* esa *intención* que yace inherentemente. La armonía en su racionalidad, voluntad y corporalidad es indicio virtud en el hombre.

La naturaleza traza el destino del hombre porque, en la gran indeterminación de sus deliberaciones para actuar, su criterio y correcta racionalidad descansa en ella. Así aparece como su maestra infalible. Su necesidad es interpretada como perfección. La única certeza que el hombre conoce, indicio de superioridad, radica en la perenne regularidad de la naturaleza. Ahí se muestra con claridad la armonía. Aunque en dicho tratado Schiller no ahonda en la cuestión del Creador, admite su divinidad y perfección, como en toda obra suya. El hombre se encuentra inmerso en la naturaleza, parte de su ser le pertenece, aunque otra parte se halle en tensión con ella (según Schiller, eso se demuestra con la vejez: el sometimiento de la materia, el cuerpo fatigado y desgastado, al espíritu). La excelencia humana es restaurar la obra del Creador; reconciliar el hombre, con su extrañeza, con el mundo que lo rodea.

En la estrofa presentada por la novela, ambas imágenes de hombre —el cavernario y el cazador— desconocen la grandeza de la naturaleza y su destino que reposa en sus cuerpos. Uno la rehúye, su timidez contraviene el orgullo y entusiasmo que debería experimentar. El otro la violenta y menoscaba; no reconoce su divinidad. Ambos son arrojados a *inhóspitas orillas*. Dichos linderos extraños son precisamente así por hacerle creer al hombre que debe ser ajeno a

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 30-31

la naturaleza: lo desvirtúa de su destino. Conforme lo desconoce más, al hombre le resulta más difícil aquello que puede engrandecerlo: eso único que puede proveerle el seno de la naturaleza.

Según la propuesta romántica, el hombre podrá reivindicarse recuperar el sentido original y reconciliarse con él. Su excelencia está en el retorno al ideal de la naturaleza y su rechazo por lo artificioso. Si la virtud recae en recuperar la excelencia del pasado, es necesario reconocer la corrupción presente. El romanticismo promete las maravillas de la época natural. La superación del presente es central para hallar la grandeza del hombre y quizá rescatarlo de su penoso o deficiente estado reciente. Promover su humanidad para que llegue al nivel de personal. Debido a ello, la virtud o vicio está dado por la posible restauración natural, es decir, el regreso a la unidad armónica. El horizonte de la acción es definido por la naturaleza, la cual asimismo es un ideal al que aspira el hombre. Sus esfuerzos falibles, con asperezas a vencer, tienen su meta en aquello divino donde las diferencias ni quiebres existen: la más pura conciliación. El criterio por su más completo bien radica en el desciframiento de eso oculto, interno, de su ser; asumirse parte de un destino encaminado hacia la unidad plena.

Contextualizados en la idea de libertad y naturaleza de Schiller, cabe hacer una distinción para una comprensión adecuada de la novela. Su mención en la historia no admite la identificación literal entre el personaje ruso y el poeta germánico. A pesar de ser un hombre leído, la vida errática de Dmitri no se rige por los dictámenes o misión estipulada por una moral sistemática. De ahí que, en sentido estricto, no podría afirmarse que el joven Karamázov es la ilustración o dramatización de la visión ética de Schiller. Su vida bestial no representa la congruencia y consonancia con principios. Al contrario, parece su problematización: En Dmitri, ¿la voluntad define su singularidad y humanidad? ¿Ello lo distingue de otros entes naturales? ¿La naturaleza se presenta igualmente idealizada en la novela? ¿De qué manera afecta a Dmitri la consciencia de un destino?

Por otro lado, quizá Schiller tenga otra influencia en Dmitri. Sabemos por la confesión que ha sido lector de sus escritos poéticos. Tienen mayor arraigo los versos que las precisiones sistemáticas. Junto con el verso de Goethe, en los extractos de Schiller se percibe regocijo y excitación. Cabe suponer que dichas sensaciones son producto de reconocer la maravilla en la naturaleza plena o la unidad armónica. Al haber reconciliación, se alcanza la máxima perfección y felicidad para el hombre. Esto en la concepción del poeta germano, sin embargo en Dmitri sólo llega a relacionarse por la emoción. A pesar de no compartir las minucias y exactitudes, su exaltación pasional se comunica con el entusiasmo del poeta. La idealización marcada por Schiller, en sus disertaciones y poesía, es una idealización soñada por su corazón pero no patente en su vida catastrófica.

En medio de sus dudas mortales, admite Dmitri que la belleza o el bien es un misterio agobiante. Pese a que las ideas románticas y genio poético de Schiller parezcan una claridad, en realidad son otra asfixia. Sin darse cuenta de las consecuencias, Dmitri mantiene esta incertidumbre en su corazón. En esta aspiración inaccesible radica su sentido trágico. Una aspiración desgastante, dolorosa, que es una alternativa falsa a su tribulación. La virtud delineada por el destino, presentada en la armonía plena, nunca es conocida o siquiera imaginada por el carácter desastroso y violento de Dmitri. Es una posibilidad a la cual jamás accederá o una proyección inimaginable: un ideal irrealizable. Su historia incesante de vicios y maldades son huella de su degradación; le recuerdan amargamente que su vida es lo más *contra natura* posible. Sus expectativas en dicha virtud sólo provocan un dolor perenne; así como el héroe trágico es vencido y horrorizado por la prefiguración del oráculo. Al no adecuarse al ideal, parece su condena irrevocable. Si el bien máximo es inaccesible para el hombre —la belleza como misterio—, la máxima aspiración será al placer más intenso. En la exaltación encuentra y confunde su plenitud.

Intuyendo Dmitri que se encuentra en la ocasión más dichosa de su vida, es tentado a disparar contra sí. De acuerdo a la narración, el festín orgiástico antecede a este posible acto. Queda sugerido poéticamente que el suicidio de Dmitri vendría al ser engañado por la juerga. El espejismo romántico casi lo orilla a

la muerte. Rápidamente muda el entusiasmo por pesadumbre, pese a que Dmitri cree haber hallado la mayor satisfacción. Ni el placer rebosante ha logrado redimir a Dmitri de su culpa. El festín, con sus exaltaciones bucólicas, sólo trae placer efímero. El entusiasmo es una felicidad falsa y seductora.

De acuerdo a su modo de vida, Dmitri no tiene posibilidad para una redención verdadera. Por el lado de su carácter, en primer lugar, Dmitri se asume como el hombre más vil y terrible. Al sólo satisfacerse por medio de acciones oprobiosas, nada impide que cese en ellas. Sus deseos serán viciosos y no tendrán ninguna motivación para cambiar su modo de vida. Además de carecer motivación, tampoco tiene alguna orientación real en cuanto a lo conveniente (la belleza es un misterio sembrado en el corazón de los hombres). Desde otra perspectiva, sus pasiones feroces no permiten que Dmitri sea capaz de aplacarlas, entonces se encuentra a merced de ellas. El joven desea ferozmente, sin importar si eso lo conduce a una vida más noble o virtuosa. Esta incertidumbre moral, propiciada por sus pasiones desenfrenadas y feroces, impide cualquier intento de redención, es decir, reconocer lo despreciable en su vida y querer cambiarlo.

Igualmente, si la vida humana carece de un bien asequible, difícilmente habrá posibilidad para que Dmitri se redima. La virtud remota le parece inasible. Según él, jamás accederá al esplendor natural y, por tanto, tampoco podrá alcanzar la excelencia. Bajo los influjos románticos, Dmitri hubiera cometido suicidio por un engaño dulce. La decadencia galopante en su vida lo aleja trágicamente del ideal romántico. En vez de considerar su misterio por una posible falsedad, asume que su perversión lo ciega. Reivindicarse no está en su poder. Seguir el sendero romántico lo lleva únicamente al dolor y la frustración perenne, lo mantiene en una culpa abrumadora. Mientras Dmitri siga creyendo en esta vía para librar su perdición, continuará anhelando una virtud inaccesible y quizá inexistente. Tal acto siempre lo pondrá al filo de la muerte y su propia destrucción. En caso de no anhelarla, su comportamiento desastroso lo orilla a los mismos linderos. El romanticismo lo encierra en una condena. Para suicidarse no fue necesario detonar el arma.

## El sufrimiento de los angelitos

La conclusión del libro ocho decide la narración del siguiente. Al final del octavo, el delirio festivo es interrumpido por la llegada del fiscal y jefe de policías. Vienen a Mokroie en busca de Dmitri Karamázov, quien es considerado culpable de la muerte de su padre. A lo largo del libro noveno observamos el interrogatorio al mismo Dmitri y otros que festejaban alegremente en la hostería. Cada uno testimonia acerca de los sucesos de la noche, entre ellos, especialmente, la cantidad despilfarrada por Dmitri. La información recabada elevará la suspicacia en torno a él. Las autoridades asumirán que el dinero robado al padre es el mismo que se derrochó en el festín. El móvil del homicidio sería el robo de dinero.

Conforme el interrogatorio transcurre, la agresividad de Dmitri despliega su intensidad a los presentes. Para las autoridades su actitud violenta y errática recalca su responsabilidad en el crimen. Por ejemplo, el fiscal sólo reconoce en Dmitri el perfil de un homicida sanguinario. Las amenazas proferidas sólo revelan asesinatos futuros; tanta voracidad de sangre sólo puede estar en un homicida. Esta interpretación, junto con la sospecha de robo, contribuye al arresto de Dmitri. A partir de ese momento, la vida del joven Karamázov cambia completamente. Por un lado, enfrentará el juicio de un crimen que no cometió. En caso de que el jurado dictamine en su contra (como en realidad sucede), podría pasar el resto de sus días en prisión. El vuelco en su vida no queda ahí. Antes de enterarlo de las resoluciones del interrogatorio, Dmitri es vencido por el cansancio y cae dormido.

Además de su futuro cautiverio, un extraño sueño también lo cimbra. La siesta no resulta apacible ni reparadora. El sueño que acaba de vivir, lo sobrecoge. Dmitri se despierta conmocionado, acongojado, sumido en incertidumbre. No entiende qué le sucedió ni tampoco sabe por qué le sucedió. Es tan confuso que, incluso, parece confundirlo con la realidad; al despertar pregunta por los niños que vio mientras dormía. Dicha confusión no es perturbación por la presión del interrogatorio, tampoco producto del deterioro maniático de Dmitri. Preguntar por los niños es un cuestionamiento honesto. El sueño fue tan vívido que Dmitri, por unos segundos, no creyó estar dormido. Además de sobrecogerlo, también el

suceso onírico le brinda otra perspectiva de la responsabilidad del crimen. A pesar de no haberlo cometido, asume cierta culpabilidad: «Acepto el tormento de la acusación y de mi deshonor público, quiero sufrir y con el sufrimiento me purificaré. Porque quizá llegué a purificarme con el sufrimiento [...] ¡soy inocente de la sangre de mi padre! Acepto el castigo no por haberle matado, sino por haberle querido matar y, quizá, realmente le habría matado...»<sup>16</sup> Por lo que leemos, el sueño logró cimbrarlo y motivarlo a aceptar la culpabilidad en sus actos. Es decir, gracias al sueño, pudo reconocer lo atroz y terrible de querer asesinar a su propio padre. A pesar de no llevar a cabo el parricidio, reconoció lo terrible de imaginarlo. Ya no fue necesario que las consecuencias nefastas de sus actos lo llevaran a lágrimas de frustración y dolor. En cambio, con el simple hecho de imaginar el acto pudo repudiarlo.

Esta incipiente responsabilidad contrasta con la rivalidad mantenida con Katerina. En capítulos anteriores veíamos que sus actos contra ella eran reacciones a lo que él creía ofensas. No podía dejar ninguna sin responder; ofendía cuando era ofendido. En esa medida se negaba a aceptar alguna responsabilidad en su rivalidad tensa y violenta. Por lo mismo llegamos a afirmar que su confesión era falsa; no tenía ninguna culpa que redimir con Aliosha. Eludiendo sus responsabilidades, todo agravio en contra de Katerina es permitido. Ahora, por las palabras citadas, parece que hay disposición para que suceda lo contrario, es decir, encontramos que Dmitri asume su responsabilidad por los malos pensamientos. Sabe que futuros agravios, como el terrible parricidio, tendrían consecuencias por responder.

Advertimos entonces que el sueño es sumamente significativo para Dmitri, dado que replantea su situación anterior. En la conclusión del libro noveno se muestra un viraje sutil pero trascendental en el joven Karamázov. Como repercusión del viraje, hacia el final de la novela Dmitri es capaz de imaginar su futuro con Grushenka. No importa que deba pagar el confinamiento por un crimen que no cometió. Se consuela sabiendo que al concluirlo podrá compartir su felicidad con su amada. Igualmente se encuentra la posibilidad de escaparse; en

---

<sup>16</sup> *Se llevan a Mitia* (libro noveno, capítulo IX)

América, junto a Grúshenka, podrá empezar una nueva vida. Con ello notamos que el sueño le permitió vislumbrar un porvenir más claro. El suicidio o la misma muerte dejan de parecerle el derrotero final de su condena. Aquello que pudo ver o entender mientras dormía es la alternativa a su desgracia presente. Debido a lo central y relevante del sueño, a continuación trataremos de interpretarlo. Con esto tendremos, como fin, comprender mejor las consecuencias, quizá rectificaciones, que tuvo la visión onírica en Dmitri. En otras palabras, por la interpretación del sueño puede que tengamos elementos para entender este viraje y cómo pudo librarlo de la fatalidad en su vida.

Recapitulando brevemente, al ser vencido por la fatiga del interrogatorio, Dmitri comienza a soñar que es llevado en una carreta tirada por dos caballos. El vehículo atraviesa una estepa que parece haber sufrido un siniestro. Sobre ella se encuentran troncos arrasados por el fuego. El sendero de barrizal seguido por la carreta conduce a Dmitri a un poblado, el cual también sufrió por las llamas: alrededor de él se presentan isbas con hollín en sus paredes. A punto de salir del pequeño pueblo, se acerca en fila un numeroso grupo de mujeres con apariencia famélica y enfermiza. La edad de ellas oscila entre los cuarenta y veinte. En particular una joven carga en sus brazos a un bebé sollozando, mismo que es detectado inmediatamente a Dmitri. Al verlo, una multitud de preguntas inconexas le surgen y no tiene reservas en mencionarlas: «¿por qué están de pie madres cuyas casas se han incendiado, por qué hay gente pobre, por qué es pobre el angelito, por qué está desnuda la estepa, por qué no se abrazan, no se besan, por qué no cantan canciones alegres, por qué se han vuelto negruzcas de negra miseria, por qué no han dado de comer al angelito?»<sup>17</sup> Por el ánimo y los cuestionamientos advertimos que el sueño dejó una profunda desazón y confusión en Dmitri. Le parece increíble que haya tanto sufrimiento, que el niño no disfrute en su jovialidad infantil, que las madres no abracen amorosamente a sus hijos. Implícitamente puede leerse una lamentación por la catástrofe que alcanza a imaginar, una catástrofe reflejada en varios niveles y hechos.

---

<sup>17</sup> *La declaración de los testigos. Un angelito* (libro noveno, capítulo VIII)

Desde la perspectiva del lector, el pasaje muestra lo inevitable de las calamidades en la vida humana. A pesar de que no sepamos qué sucedió, tampoco es verosímil y aceptable que unos infantes estén pasando por ese sufrimiento. Sin haber una razón, silvestremente, el fuego arrasó con el bosque y poblado. La destrucción del hogar provoca el llanto en el niño. Su fortuna es peor. No basta que la agitación lo mantenga en las lágrimas. Quien podría resguardarlo está igualmente expuesta y lastimada. La madre no es incólume al siniestro. Siendo así, el niño se encuentra enteramente desamparado. Las llamas fortuitas arrasaron incluso a los inocentes; sólo devasta injustamente a su paso.

La situación de este infante en el sueño es análoga a la de cualquier hombre. En la vida humana ocurren diversos eventos y hechos que resultan fortuitos y perjudiciales. Al igual que este incendio natural, el hombre es incapaz de cesarlos o reconocer su origen. Así como el fuego destruyó el poblado del bosque, sin esperar o saber de dónde provino. Por mucho que el hombre padezca y reconozca la adversidad, sus acciones resultan limitadas. Es decir, a pesar de querer revertir los penosos sucesos, es incapaz de hacerlo totalmente. En ese sentido podemos afirmar que el hombre es vulnerable ante diversas calamidades que le provocan el sufrimiento.

La reacción de Dmitri respecto al sufrimiento del niño no es indiferencia ni resignación. Las mismas preguntas son prueba de la desazón ante el escenario fatal. A pesar de parecerles absurdas y tontas, no las cree impertinentes. Siente un deseo irrefrenable en hacerlas. La destrucción del poblado y las lágrimas del niño provocan una ternura en Dmitri, quien, según el narrador, nunca había experimentado su corazón. No es una simple curiosidad o morbo ante el desastre. Dmitri no despierta lamentándose por una mala pesadilla. Realmente se siente involucrado en lo que observa; él sufre con el niño y la madre moribunda.

Todas las personas en el sueño penan juntos —incluyendo el joven Karamázov. Asumen conjuntamente el dolor. A partir de ello podría interpretarse que Dmitri claudica ante el sufrimiento. El sueño sólo sería una



metáfora de la situación presente de Dmitri. Así como el fuego es inevitable, Dmitri queda desprotegido como el infante. La desgracia se vuelve perenne al ser inevitable el sufrimiento. Los gritos de dolor del corazón ardiente serían comparables con el sollozo del *angelito*. El sueño no lograría virar a Dmitri en su comportamiento, sino le mostraría oníricamente su terrible destino. No obstante asumir esta interpretación justifica el suicidio. Siendo el sufrimiento perenne, el mejor alivio será sacrificar la vida en la máxima alegría y euforia. Sin alternativa, sin poder alcanzar felicidad alguna, el placer orgiástico es el último motivo por vivir. Después de haber claudicado ante la fatalidad del mundo, sólo queda regocijarse en ficciones concupiscentes.

La interpretación esbozada anteriormente es insuficiente. Como adelantamos al principio del capítulo, el sueño de esa noche afincó un cambio en Dmitri. En su mirada se despejaron las tinieblas para encontrar un sendero de esperanza. Por lo que sabemos por la narración, no volvió a ser tentado en dispararse. Al contrario, en el epílogo los lectores nos enteramos que sí contempla un futuro y está con Grushenka, seguramente, fuera de Rusia. Nuevamente, su respuesta al sueño no fue claudicar o resignarse.

Sufrir con la madre e hijo, asimilar vivamente el dolor, no es suplicio fatal por la ternura jamás experimentada. Según el narrador, al ser conmovido su corazón, Dmitri «deseaba llorar, deseaba hacer algo en bien de todos para que no llorase más el angelito, para que no llorase la negra y exhausta madre del angelito; para que desde aquel momento nadie más derramase lágrimas.» Al compadecerse de ambos tuvo disposición para no aceptar el sufrimiento. En sentido estricto no puede considerarse lástima, ya que Dmitri no observa el desastre como si pudiera ser una excepción. Visto de otro modo, reconoce que él mismo es tan vulnerable como el *angelito* desahuciado. No sólo sabe eso por lo que vio, sino que él mismo ha padecido el terrible sufrimiento en carne propia. A pesar de las diferencias (incluso el hecho de que el sueño quizás es irreal), Dmitri admite la comunión con los agraviados.

El acto de compasión involucra saberse vulnerable, débiles como niños e incapaces de frenar con las adversidades. Perenemente el hombre está

expuesto a que las llamas acaben consumiéndolo. Por mucho que sepa esto, sus fuerzas no son capaces de extinguirlas. A pesar de esta verdad casi fatal, el sueño y la intervención de Dmitri muestran que todavía existe oportunidad para hacer frente a la adversidad. Quizá no presente una medida en particular, sin embargo la compasión impide que la vida sea una fatalidad o un dolor perpetuo. Los prójimos pueden resistir conjuntamente ante el sufrimiento; el hombre no es el individuo en contra del mundo. La compasión puede ser consuelo en el valle de lágrimas.

El sueño no sólo conmociona anímicamente a Dmitri. También es un cambio radical en lo que venía creyendo por belleza y vida. El suicidio parece una alternativa al haber probado la miel más dulce. El festín en Mokroie representa la felicidad a partir del derroche: los víveres son despilfarrados, junto con el dinero, y no hay restricción para el placer. Sin límites, la vida humana es regocijo, danza y felicidad. Es persuadido con que se ha encontrado con la más grande satisfacción en su vida. Encomia su dolor apuntando el arma contra sí. La noche es bella por alcanzar la máxima exaltación en una vida de oprobio. El corazón se manifestó en medio de la podredumbre.

El ideal romántico en Dmitri le hace creer que alcanzará su redención en el descubrimiento de su origen. Es decir, el regreso a lo natural, su condición inocente y pura, le aliviará las penas de su corazón. El joven se sentirá cómodo al regirse por el ideal remoto de la naturaleza. Debido a que su contexto es tan adverso, su vida es un contrasentido. Estar conflictuado con el resto de personajes es consecuencia de vivir en *las inhóspitas orillas*. Creer en su naturalidad no le permite comprender a profundidad su dolor y sufrimiento. No tiene escrúpulo en desatar sus pasiones, por muy cínicas y catastróficas que sean.

En el anterior capítulo señalamos el contexto de la supuesta confesión de Dmitri. La entrevista acontece en un escenario decadente.<sup>18</sup> El jardín contiguo a la casa Karamázov está desahuciado. Por un lado, como afirmamos, el

---

<sup>18</sup> Cfr. Libro tercero, capítulos III-V (*Confesión de un corazón ardiente*)

escenario es reflejo del espíritu de Dmitri. Lo que alguna vez fue esplendor, ahora es desolación. La vida desastrosa del joven se imagina como un jardín marchito y moribundo; agoniza y es repudiable a la vista. Sin embargo la dramatización puede tener otro sentido adicional. Tal vez haya una sugerencia de Dostoyevski. Frente a la belleza y exuberancia de la primavera, también la naturaleza sufre la destrucción atroz. No siempre se mantiene en su verdor puro ni esplendor fantástico. Marchitarse es una posibilidad ínsita en su crecimiento, la cual no sólo se refleja en su devenir: en cualquier instante puede reducirse a polvo. No hay primavera eterna; tampoco virtud eterna.

Esta consideración acerca de la naturaleza cuestiona severamente el retorno a la naturaleza pura. Según lo que venimos diciendo, no está exenta de la degeneración. La pérdida de la nobleza está en la naturaleza humana. En el sueño de los angelitos, no sólo la morada humana sucumbió al siniestro. También los alrededores boscosos fueron consumidos por el fuego súbito. Sobre el barrizal quedan en pie únicamente troncos devorados por las llamas. El sueño contrasta con la belleza de los campos y bosques. Desbarata y rasga la ilusión romántica.

Este matiz, esta comprensión de la naturaleza muerta, enfatiza el acto de compasión. Haciendo frente al siniestro, la madre famélica y Dmitri asumen su misma condición. Ambos son vulnerables a la destrucción ínsita de la naturaleza. Ni Dmitri queda exento al saberse inmerso en un contexto adverso. En otras palabras, ambos son prójimos en la adversidad. En el momento de las preguntas inconexas, sabemos por el narrador que Dmitri siente un afán ardiente e impetuoso por que nadie más derramase lágrimas. Ésta es su reacción frente al desastre. A pesar de reconocerse vulnerable como la madre y el niño, Dmitri rechaza que la fatalidad y el sufrimiento sean definitivos. No es capaz de frenar los sucesos adversos o perjudiciales. Los actos humanos son inferiores. Sin embargo, al menos, puede llorar con ellos para no olvidarlos en su dolor («[...] su corazón se elevaba a una ternura como nunca había

conocido entonces, de modo que deseaba llorar [...]»<sup>19</sup> El hombre no se anega en el valle de lágrimas; el consuelo es posible.

Antes que Dmitri despierte, escucha la voz de Grúshenka diciéndole que no lo desampará («También yo estoy contigo, ahora no te dejaré, iré a tu lado toda la vida»). Según el narrador, eso hizo que ardiera en ganas de vivir. Antes del sueño, era indiferente si vivía mañana. Su oprobio y repudio a sí mismo hace creerle que nada cambiará o importará si muere. Al contrario, dejaría de lastimar a los de su alrededor. Ahora, gracias a la visión onírica, escuchó un susurro que no lo abandona en su pena. El amparo ofrece una posibilidad frente al sufrimiento voraz y la culpa abrumadora. A diferencia del suicidio, el corazón herido se «inflama» y se «lanza hacia una luz».

No sólo la voz de Grúshenka despeja su porvenir. Acabando de dormir, Dmitri se siente conmovido porque alguien procuró que tuviera un descanso. Su cabeza reposa sobre una almohada mientras duerme y padece el sueño desazonador. No fue un acto llamativo o trascendental. Otra vez, fue uno mínimo. Sin embargo bastó para que el acusado fuera conmovido. Si bien no tuvo una gran repercusión, sí logró ser significativo para Dmitri. Hizo que despertara en algo suave y reconfortante, después de lo agotador del sueño y el interrogatorio. Alguien en la habitación quiso hacer llevadera su tribulación, al igual que Dmitri quiso llorar y detener el sollozo de la madre y su bebé. Es un intento por mejorar al prójimo. Dicho acto le provoca un entusiasmo inexplicable; la compasión lo fortalece frente al juicio adverso futuro.

La posibilidad de compadecer al prójimo excluye la fatalidad. A pesar que los hombres sean vulnerables a los siniestros de la naturaleza, existe una alternativa a que la vida sea sufrimiento perenne. Dicho de otro modo, el sentido de la destrucción en la naturaleza es ineludible, pero tampoco es imperativo. Las fuerzas humanas son limitadas y superables. Quizá no remedien la catástrofe, pero las lágrimas de Dmitri mínimo acompañan en su dolor a la madre y su bebé. Lo visto en el sueño no es mera fabulación. El mismo Dmitri redescubre los actos pequeños, como la almohada y el susurro,

---

<sup>19</sup> Cfr. *La declaración de los testigos. Un angelito* (libro noveno, capítulo VIII)

y reconoce lo importante y decisivos que son. Su corazón es tocado realmente; fue compadecido. El sueño no fue un espejismo nocturno.

Si el hombre es vulnerable al mal ínsito, ello implica que pueda ser partícipe de él. En la medida que la tentación es recurrente, supera la capacidad humana. Expuestos, a los hombres puede presentárseles la tentación para acrecentar o provocar la destrucción natural. No es eludible. Debido a que es inevitable la tentación, de ningún modo el mal es superable. Es decir, en ningún momento el hombre vivirá serenidad plena ni prosperidad eterna. De algún modo los vicios humanos corrompen la naturaleza humana; el movimiento natural pierde su curso y sufre imperfecciones. A partir de esto, la bondad del hombre no reside solamente en su naturaleza prístina. No es el último refugio de pureza y virtud.

Gracias al sueño, Dmitri reconoce que la naturaleza no es incorruptible ni la perfección absoluta. El jardín donde Dmitri emite su confesión contrasta notablemente con los bosques y campos idealizados por los románticos. La humedad corroe la mesa y las plantas se han descuidado perdiendo su esplendor. La naturaleza muestra su faz destructiva; la vegetación real es prueba de la falsedad del ideal. Igual de falso es el festín bucólico de Mokroie. Las resonancias románticas duran poco al ser ilusorias. El regocijo puro es imposible. Las danzas, risas y festividad son insuficientes. El regreso a la desmesura para Dmitri hasta resultó peligroso. Haberse suicidado en el supuesto momento cumbre de su vida, hubiera sido falaz.

Asimismo Dmitri observa que cualquiera puede ser responsable por el daño de otro. El mal está presente en los hombres. De ahí viene su extraña declaración al final del capítulo. Cuando es llevado por las autoridades admite que alguna vez tuvo la intención de asesinar a su padre, aunque no lo hizo («Acepto el castigo no por haberle matado, sino por haberle querido matar y, quizá, realmente le habría matado...»). Lo hace con vergüenza, ello mismo le motiva a confesarlo. No es el rubor que enrojeció a Aliosha, sino un resquemor humillante. No está cómodo con admitir que sucumbió a la tentación. Pudo dominarlo más su cólera vengativa que la apacibilidad familiar. Es atroz no

sólo por desear lo peor a su prójimo. Se agrava su acto al ser su padre. Por ello no muestra oposición al ser arrestado. Reconoce que se hizo efectiva su vulnerabilidad al mal y sobre él cae una pena abrumadora. Ya no quiere suicidarse, sin embargo parece otra vez constreñido por la culpa. ¿Es otra interpretación de la fatalidad?

## Castigo y arrepentimiento

Aguardando su juicio, Dmitri permanece encerrado en una celda. Las averiguaciones policíacas y los testimonios culpan al joven Karamázov como el sospechoso del parricidio. A pesar de las ambigüedades, las pruebas parecen suficientes para su cautiverio preventivo. El fiscal y jefe de policías se jactan de descubrir los motivos y actos ocurridos aquella noche. Por ejemplo, la cantidad dudosa de dinero hizo parecer que era el mismo que había sido sustraído. A partir ello, creyeron que Dmitri había asesinado a su padre, entre otros motivos, por robarle el dinero. Las pistas en falso y coincidencias construyeron la culpa judicial de un acto jamás cometido. Aunque el juicio apunte contra Dmitri, éste no flaquea ni tiene una gran preocupación. No siente repudio ni temor por ser condenado. En realidad parece aceptar y suplicar por su condena. Su atención está ocupada en el sueño de la noche anterior. Después de esa noche no volvió a ser el mismo hombre. Sus propias conclusiones y divagaciones no lo dejan abatirse ante las acusaciones falsas de asesinato. Lo mantienen reanimado y por lo mismo llega a aceptar la prisión y el juicio adverso.

Sabemos de estas conclusiones y divagaciones por la visita de Aliosha a su celda.<sup>20</sup> En uno de sus encuentros, Dmitri llega a confesarle que es alguien nuevo. El surgimiento de ese «hombre resucitado» fue como un relámpago: súbito, inesperado y quizá fugaz. Como todo discurso de Dmitri, esta presentación de un hombre nuevo es errática, oscura y poética. Requiere un ejercicio de interpretación para comprender el surgimiento de esta faceta nueva de Dmitri. La pregunta de este apartado puede enunciarse así: ¿a qué se refiere Dmitri con resucitar? Descubrir esto le hace entender que hay otra posibilidad además de la prisión. Se despreocupa de la sentencia adversa al saber que no seguirá siendo el reo abyecto. También le hace entender que hay otra posibilidad a la misma muerte. Descubre que su vida no está determinada por el oprobio; existe otra opción al sufrimiento.

---

<sup>20</sup> Cfr. *El himno y el secreto* (libro undécimo, capítulo IV)

Atendiendo al orden del capítulo, vemos que comienza con la llegada de Aliosha en la celda y la salida inmediata de Rakitin. Al ser recibido por Dmitri, su hermano se entera de la razón de las visitas del otro seminarista. Rakitin es un joven, con tendencia socialista, que busca consagrarse como crítico agudo en el círculo intelectual. Adopta las ideas en boga por sus aspiraciones académicas y busca ajustarse a las inquietudes del ambiente («Es oscuro y embrollado, pero resulta inteligente. “Ahora todos escriben así, dice, porque tal es el medio”»). Por lo que se cuenta en la conversación, la inquietud vanguardista es la relativa a Dios. Dentro del medio intelectual es popular descreer de su existencia. El ateísmo anima los cuestionamientos y debates entre intelectuales. Contrario a ellos, Dmitri considera a Dios imprescindible para el hombre. Ríe cínicamente de los hallazgos y aparente logros de la época. Alegando a su favor, alude al ejemplo del presidiario, a quien «le es imposible vivir sin Dios». Enterarnos sobre el contraste de posiciones, hace ver que el «hombre resucitado», a punto de ser presentado por Dmitri, ocurre en el marco de una discusión teológica. Otro indicio de lo mismo es el título del capítulo presente (libro XI, capítulo 4): *El himno a Dios y el secreto*.

Intentando explicarla, Dmitri compara su «resucitación» con la del presidiario. Paralelamente ambos están en mismas condiciones; el presidiario cumple su condena y Dmitri está pronto a hacerlo. A pesar de ello, es posible que se redima, así como el presidiario puede librar su condena. En sus propias palabras: «es posible hacer renacer y resucitar en ese presidiario el corazón yerto, es posible cuidarlo años enteros y hacer salir, al fin, del antro a la luz un alma ya elevada, una consciencia sufriente, ¡es posible hacer renacer un ángel!» Esta imagen — inventada por el sufriente Dmitri— encierra un hombre que no sólo padece una sentencia judicial, sino también una condena moral. Sus actos y obras hablarán por él toda su vida. Sus crímenes y atrocidades conducen a la prisión y la marginación social. Sin embargo, según Dmitri, todavía hay una oportunidad para una vida distinta. Una vida donde la desaprobación y el rechazo no sea lo definitivo. Es posible que lleve una buena vida; aún el corazón yerto puede latir de nuevo.



El discurso errático intenta rescatar a los hombres sumidos en la perdición. Es una apología por los sometidos a cualquier tortura impuesta por sus actos deleznable. Vuelve a poner atención en aquellos que viven bajo la tierra; su inferioridad moral los arroja a vivir entre sombras y el desprecio. Rechazando esta visión, Dmitri alega que «también allí es posible vivir, amar y sufrir.» El subsuelo no priva de humanidad a los presos. Es decir, pese al menosprecio a los presidiarios, hay comunión entre ellos y los hombres libres. Al no ser tan distintos, el presidiario puede recuperar su libertad; la sentencia o castigo no es irrevocable. El criminal no está condenado a la baja categoría. Junto con ello, viene la indicación implícita de que el hombre libre puede caer bajo tierra y perder su dignidad; la libertad no es irrevocable.

Otra prueba de la comunión del hombre libre con el presidiario, es su culpabilidad. Según Dmitri, todos son culpables por todos. Por los centenares de encadenados, por los niños pequeños, como el bebecito en las isbas quemadas, por los niños grandes. En el sueño desazonador de Dmitri, el siniestro no es definitivo por su disposición a ayudar a los «angelitos». A pesar que el incendio haya arrasado el poblado, las madres estén sobre los huesos y los infantes no paren su llanto, el intento por consolarlos impide consumir la tragedia. Se resiste a aceptar con plenitud el sufrimiento y dolor. Como señalamos en el capítulo anterior, dicha resistencia es un acto de compasión. Para que sea posible, se exige que no haya una superioridad irreconciliable. El hombre puede compadecer a otro en la medida que reconoce que también es susceptible a la desgracia. Nadie queda a salvo de ella; poder sufrir siniestros o caer en tentación hace común al presidiario y al hombre libre. Este acto es capaz de rescatar a los presidiarios del abismo, de no abandonarlos en el sufrimiento. Aquí se halla el sentido de ser prójimos; ambos hombres, libre y presidiario, son hijos de Dios, sin distinciones, sin destinos particulares. Al reconocer esto, mediante la mirada compasiva al presidiario, hay una disposición para confrontar conjuntamente su desgracia y el mal. El cautivo no queda solo a merced en su sufrimiento; la misma disposición mostrada al querer detener el llanto de los infantes.

Entre prójimos, todos somos culpables por todos. No somos individuos aislados. La compasión es un acto que muestra la comunidad de los hombres. Vulnerables, resisten y confrontan los embates del mal. Posibilita la oportunidad para que el presidiario no permanezca en absoluta desdicha. Bajo la mirada compasiva sabe que el sufrimiento no es perenne, no está condicionado a él. Lo único no es el mundo subterráneo. Por muy ominoso que sea su castigo o muy oprobioso su comportamiento, surge la posibilidad para una mejor vida. Guardamos una responsabilidad al vivir conjuntamente con el prójimo en el valle de lágrimas. Contribuimos a que mi prójimo no caiga en el mal.<sup>21</sup>

Quizá el acto compasivo no vuelva virtuoso al presidiario. No es una conversión total o una promesa de felicidad. Sin embargo significa el rescate del abismo: una nueva disposición. Un corazón yerto puede renacer al surgir una nueva posibilidad. Empieza su salida del antro al ser compadecido. «Hay vida debajo de la tierra» en la medida que el prisionero es reconocido como hombre y no solamente como escoria. El prisionero «resucita» cuando no es limitado a prejuicios y sus acciones ruines no logran determinar el porvenir. La mirada compasiva siembra la esperanza hacia el futuro.

Dmitri emplea su imagen como paralelismo a él mismo. No sólo ambos sufren una sentencia en su contra. La desaprobación los persigue, el repudio los mantiene marginados. La fama de sanguinario, su furia intempestiva y violenta, el temor que inspira, orilla a ver a Dmitri con desprecio. Permanezca en una celda o no, el joven Karamázov se encuentra aislado (o encerrado en sí mismo). Igualmente ocurre con el reo: la prisión no sólo lo priva de su libertad, sino que restringe su integración con los demás. La condena no se limita a permanecer en el sufrimiento, también implica excluirlo a la soledad. La compasión sería un intento por redescubrir a Dmitri como prójimo.

---

<sup>21</sup> Libro sexto, capítulo tercero (*De las lecciones y enseñanzas del stárets Zosima*), inciso h: «Si, a pesar de todo, la maldad de los hombres te conturba llenándote de indignación y temor invencibles, incluso hasta el punto de desear la venganza de los malvados, teme ese sentimiento más que a otra cosa; búscate inmediatamente tormentos como si fueras tú el culpable de aquella maldad de los hombres. Acepta esos tormentos, súfrellos; tu corazón se calmará y comprenderás que tú mismo eres culpable. pues habrías podido iluminar a esos malvados incluso en calidad de hombre único sin pecado, y no lo has hecho. De haber resplandecido tu virtud, tu luz habría alumbrado el camino a otros, y quien ha cometido la maldad quizá no la habría cometido de haber recibido tu luz.»

Saber esto, reconocer este posible renacimiento, hace que Dmitri no tema el juicio ni al sufrimiento que conlleva. La coyuntura lo mantiene con ánimo ante el veredicto final. A pesar de encontrarse «entre paredes desconchadas», Dmitri resiste: «Además, ¿qué es el sufrimiento? No lo temo, aunque sea inmenso. Ahora no lo temo, antes le temía. ¿Sabes?, es posible que me niegue a responder en el juicio... Y me parece que es tanta la fuerza de esta clase que ahora se da en mí, que lo sobrellevaré todo, todos los sufrimientos, sólo para poderme decir y repetir a cada momento: “Soy; sufriendo miles de tormentos; soy, retorciéndome en la tortura, ¡pero soy! Estaré atado a la picota, pero existiré, veré el sol y, si no lo veo, sabré que existe”.»<sup>22</sup> Dmitri se niega a terminar socavado por el sufrimiento; la muerte ya no es el último efugio. No acepta ser derrotado por los embates de las adversidades. Al saberse compadecido, la fatalidad estrepitosa se desdibuja. A pesar de padecer dolor, todavía Dmitri tiene ansias inmensas por continuar viviendo.

Evidentemente esta renuencia al suicidio no resulta estoica. Dmitri no prefiere ciegamente la vida. No resiste incólume al sufrimiento, como si buscara serle lo más indiferente. Su manera de sobrellevarlo no es omitiéndolo u olvidándolo; no intenta desaparecer el rastro delineado por sus actos. Reconoce que es una experiencia desazonadora y dolorosa. Los «miles de tormentos» realmente lo azotan y lo han llevado a la desesperación. Por lo mismo la exclamación de Dmitri es una liberación dramática. Enfrentando el dolor que lo supera, lanza un clamor por vivir. Una afirmación de su existencia (*Soy; sufriendo miles de tormentos; soy, retorciéndome en la tortura, ¡pero soy!*). A pesar de haber descubierto una verdadera alternativa al suicidio, ¿por qué tiene un entusiasmo renovado? ¿Cómo surgió si las penas y sufrimientos no han desaparecido? Por el contrario, Dmitri parece abrazar el castigo y prisión, de ahí que no quiera declarar ante el juez. Indirectamente declarará su culpabilidad. Pese a sentirse compadecido, estar dispuesta la coyuntura para su libertad, ¿por qué nacen esas ganas por vivir e incluso aspirar a la felicidad?

---

<sup>22</sup> *El himno y el secreto* (libro undécimo, capítulo IV)

En el epílogo de la historia, el juicio concluyó y —como se esperaba— ha declarado en contra de Dmitri. No cometió el parricidio, sin embargo a los jueces sentenciaron que sí. La resolución no sólo estuvo basada en las pruebas recabadas en la investigación. También su conducta errática y otros testimonios hacen que la sentencia caiga negativamente. El jurado comparte el veredicto con el fiscal y jefe de policías. En el hospital, recuperándose de una fiebre nerviosa, recibe la visita de Aliosha y ambos conversan sobre la posible fuga planeada, en un principio, por Katerina e Iván. Al principio, rechaza la huida. Dmitri reitera que no se siente amedrentado por la reclusión e incluso se aferra tenazmente a ella. Solamente cumpliendo el castigo, sus trabajos forzados y su penitencia en prisión, podrá «entonar su himno» y encontrar a Dios subterráneamente. Así saldrá del antro a la luz. Dmitri cree que la esperanza nace del castigo. No es ruina; significa la nueva posibilidad para vivir. No tienen sentido la compasión y amor sin el sufrimiento. Para él, la redención sólo ocurre con la humillación y dolor. Por ello Dmitri no soporta ser tuteado: «¡No tengo fuerzas para aceptar lo que me espera! ¡Anhelaba a ponerme a cantar el “himno” y no puedo soportar que me tutee un vigilante!»<sup>23</sup> Volver a ser considerado con la misma dignidad, con un trato equitativo, cancela cualquier posibilidad de cambio. No se presenta la coyuntura para reencontrarse con Dios y su esperanza.

Aliosha piensa distinto a él. Responde que esa cruz es demasiada para su hermano, de ahí que considere inútil y contraproducente que permanezca en prisión. Al no haber injusticias de por medio en la fuga de su hermano, la huida es lo más conveniente. La culpa por la muerte de Fiodor es una pena muy grande. Quien no haya derramado su sangre no merece ese remordimiento. Concordando con el abogado, afirma que esa carga no está reservada para Dmitri e incluso sería insoportable para él. Desde otra perspectiva, Aliosha cree impertinente y desatinada la sentencia para su hermano. La condena judicial se establece para que el criminal pague por sus actos. Debido a que ha infringido la ley, el presidiario es encerrado en una celda o sentenciado a trabajos forzados. Así evitará que nuevamente infrinja. Con abatirlo, los jueces intentan contrarrestar la trasgresión.

---

<sup>23</sup> Epílogo (*Por un momento la mentira se hizo verdad*)

Se pretende que el culpable reconozca su acto infractor después de su castigo. Si esta intención no se cumpliera, podría considerarse una sublevación. Es decir, si el criminal no reconociera nada y significara únicamente el cese de su pena. El castigo sería desvirtuado cuando el sufrimiento implícito se reduce a dolor o incomodidad. Dmitri se sublevaría al trastornar el castigo en puro tormento. Al declarar hacia el final que termina el sufrimiento, también se declara exento de toda culpa. Para Aliosha es absurdo que el castigo se limite a la intimidación o confinamiento.

Un castigo que pierde el sentido de rectificación es una agresión más; es una afrenta para una fiera como Dmitri. Aprisionado, llegaría el momento cuando Dmitri se sublevaría y diría «sin rodeos» que ha pagado su condena. Antes que suceda, su hermano le advierta que su cambio no llegará solamente por medio del sufrimiento aplastante. Pierde su sentido la penitencia que sólo abrumba y motiva el sufrimiento. Insiste en recordar y tener en cuenta al hombre nuevo. Eso hará mucho más por su renacimiento: «[...] en mi opinión, bastará para ti que te acuerdes siempre de ese otro hombre, toda la vida, dondequiera que huyas.»<sup>24</sup> Aunque parezcan excluyentes, el sufrimiento y «ese otro hombre», en realidad van de la mano. El consejo de Aliosha subraya la imitación de ese hombre ejemplar. No es actuar de acuerdo a un hombre en específico. El hombre aludido por Dmitri, el hombre nuevo, encarna una idea de bien. Renacerá al cambiar su comportamiento ruin por un orientado en torno ese hombre. La conducción de la idea de bien lo mejorara verdaderamente. Mediante la emulación logrará salir a la luz y cargar con el sufrimiento; ese hombre renacido ayuda a Dmitri a caminar con su cruz.

Al escuchar el consejo de su hermano, acaba admirado y convencido. Termina por aceptar la huida y afirma que se condenará él mismo. Su verdadero castigo lo llevará a cabo, sin ser vigilado por algún guardia o estar recluso en un sitio específico. Frente al ser apresado y quizá sublevarse, escoge el rezar por sus pecados, sufrir y no abandonar ese hombre nuevo. Una vida definida por la

---

<sup>24</sup> *Ibidem*

culpabilidad, perdón y esperanza. Contribuirá más a su resucitación que permanecer en prisión.

Pedir perdón implica arrepentirse de sus actos. Después del sueño, Dmitri sabe que ha pecado y sólo pidiendo perdón podrá alcanzar hombre nuevo. Reconoce que ha sido tentado por el mal y se arrepiente por ello. Dicho de otro modo: al arrepentirse, Dmitri asume sus actos y se hace responsable por ellos. Sabe que han traído consecuencias terribles en contra de otros. Por ejemplo, descubre su cinismo y perversión al utilizar la desgracia de su padre para vengarse del orgullo de Katerina (entre otras situaciones, por ello urge entrevistarse con ella antes de huir). Siente vergüenza de haber sacado a golpes al padre de Iliúschka en aquella noche. Después de haber soñado con los niños, asume que lo hecho por él es tan siniestro como lo que el fuego hizo con las isbas. El sufrimiento de los infantes es el mismo que ha venido causando. De ahí que, al ser arrestado, sienta una gran culpa. Haber pensado asesinar a su padre lo estremece. Imaginar el parricidio revela la tentación del mal, y eso le causa pena. Un escozor que no lo deja tranquilo y lo hace sufrir tanto que prefiere declararse culpable ante el fiscal y jefe de policías.

Buscando cambiar el curso e intentando apaciguar la culpa, pide perdón. Su posibilidad para ser feliz descansa en el arrepentimiento por los actos cometidos. Asume que hay un hombre ejemplar y quiere parecerse a él; anhela resucitar en él. Sabe que su vida mejoraría al seguir esa idea de bien. Dicho de otro modo, aquel hombre ejemplar orienta sus actos. Querer preservar el bien no es un ideal arbitrario. Su felicidad o ruina entera depende de eso. A pesar de saberlo confusamente (se reía cínicamente de su oprobio), Dmitri vivió ignorando este principio. No terminaba por admitir su importancia; trasgredía su propia conservación natural. Al no reconocer lo conveniente para él, los tormentos invadían su corazón y mandaban sobre él. A su merced, sufría la incertidumbre.

Volviendo a la supuesta confesión de Dmitri (libro tercero), el jardín está deplorable. Sin embargo no sólo indica la pérdida el esplendor, belleza o perfección. Es un recordatorio de que el bien y mal son congénitos en la naturaleza. No se define el bien por la preservación de la pureza natural; en el

tercer capítulo quedó señalado lo inevitable y misterioso del mal. Tampoco es un valor definido por la antigüedad, sino un atributo propio del ser natural. Los actos pecaminosos corrompen al hombre; entorpecen su impulso natural. De ello la consecuencia tangible es la culpa y dolor. El pecador sufre al ser violentado<sup>25</sup>. El afán y ansia por rectificarse tiene correlación con las tribulaciones efectivamente sufridas por el hombre. Así como la muerte es ínsita, también lo es la posibilidad para la perfección o virtud. Al cumplirse el bien se cumple el fin natural.

Velando por la conservación, el principio del bien trastoca el ser del hombre. Las pasiones constituyen lo que es. Reconocer el bien y mal en las pasiones es reconocer su inteligibilidad. En ese sentido, las pasiones no son impulsos inexplicables o frenesís que dominan al hombre. Para que Dmitri sienta vergüenza y quiera arrepentirse de sus actos, debió reconocer los deseos perversos que los motivaron y llamarlos bajo esa denominación. Por ejemplo, a pesar de haber sentido placer en humillar a Katerina o al golpear al padre de Iliuschka, cometió actos *contra natura*. Pese a disfrutar realizarlos, es una excitación pasajera. Tiempo después se atormenta y queda atrapado en su dolor. Su felicidad no radica en la concupiscencia desmedida; el bien no se reduce al placer.

Por su vida errática y trato violento a sus prójimos, Dmitri sabe que ha pecado y no está exento de volver a hacerlo («[...] donde vaya me pasaré rezando la vida rezando por el perdón de mis pecados»). Se declara culpable incluso por los actos abominables que no ha cometido. Por ejemplo, el haber querido matar a su padre. Es responsable de haber permitido anidar esa intención en su alma. Su huida a América —con Grushenka— no es una huida a sus problemas y pecados. No comenzará otra vida olvidando el pasado y futuro. A partir de ahora sabe de lo que ha sido y será capaz, es decir, sabe del alcance de sus actos, lo hirientes que pueden ser, y nadie es más responsable que él. En otras palabras, es una consciencia sufriente, una que se reconoce vulnerable al pecado.

Asumir saldada una deuda parecería más el olvido de los actos. Una vez que el castigo o el confinamiento ha terminado, el ex convicto puede creer que es un

---

<sup>25</sup> Quizá venga de ahí el sentido de “ser descarrilado”. Obediencia a la naturaleza es obediencia a su creación; obediencia a Dios mismo

reinicio. Tal cosa implica asumirse exento de futuros actos deleznable y reconocer el mal como pasajero. Esta percepción es propia de una consciencia ya no sufriente, sino apacible. El hombre logra verse como alguien que vivirá sin perturbación. Es limitado un castigo con este resultado. Una condena que olvide la culpa del acto *contra natura*, es limitada. La conciencia sufriente sabe que en cualquier momento el hombre podrá volver ser tentado y la culpa es latente. En esa medida ésta no es pasajera o efímera.

Dmitri se hubiera sublevado no sólo por desvirtuar el castigo, sino por rechazar el sometimiento. Al no hacerse responsable de sus actos, al no sufrir la culpa por ellos, la prisión sería una provocación a la bestia. Una agresión que despertaría otra agresión. Una provocación que atizaría las pasiones, y el pecado dejaría de afligir a Dmitri; sería un sufrimiento incognoscible. Un castigo que no contemple una vida en el bien o la rectificación, solamente es otra violencia. Con justa razón Aliosha afirma lo insuficiente y perjudicial del arresto en Dmitri. Rakitin cree absolutamente lo contrario. Desestima la culpa y piensa que el castigo está reservado para hombres tontos o inferiores: «A un hombre inteligente todo está permitido, el hombre inteligente sabe pescar en seco; en cambio, tú has matado y has caído en la ratonera, ¡por esto te pudres en la cárcel!». En la visión de Rakitin, los actos no hicieron que Dmitri permaneciera en la cárcel. Su torpeza, falta de discreción y astucia lo llevaron ahí. No hay pecado para pedir perdón ni deuda que saldar. Dmitri no debería sentirse culpado o avergonzado por sus actos; es cuestión de saber encubrirlos, ocultar los rastros y eludir la ley. La astucia es más efectiva que el perdón: usar la destreza para esquivar la estrujante culpa. En ese sentido, el mal no afecta la libertad humana. El hombre inteligente sabe que toda moral es un código violable o moldeable. Curiosamente, Dmitri, la conciencia sufriente, se burla de esta clase de hombres, a quienes tacha de insolentes. No cree que tengan la misma sabiduría que Aliosha o él mismo.

Al no haber culpa, Rakitin y Dmitri también contrastan en el futuro de los presos. Mientras uno sí cree necesaria la asunción de la culpa, el otro no lo ve así. Uno cree en el rechazo al mal, el otro saber aprovechar la coyuntura. Rakitin parecería estar más convencido de que el castigo es violencia contra el hombre.



Es decir, una pena innecesaria. Si el hombre es esencialmente libre, cualquier condena será antinatural. La inferioridad en ciertos hombres los ciega. Necesitan de otros para liberarse de penas o carencias. De ahí su matiz socialista: la renovación, la liberación, no puede ser individual. Es necesario revolucionar el medio. Transformar los órdenes políticos y las estructuras económicas para mejorar la vida del individuo. El problema radica en la sociedad y no en el hombre. El concepto de pecado disuade la revolución social. Rakitin cree que la decadencia de Rusia se manifiesta en Dmitri; no hay pecado que remediar.<sup>26</sup>

Para que sea verdadero, el arrepentimiento debe ser un acto voluntario. No es una imposición ni un acto circunstancial (o efecto de la transformación del medio). El pecador reconoce sus actos perversos y trata de responsabilizarse por ellos. Logra ver que ha sido tentado por el mal y pide fervientemente perdón. Al haber pecado, es marcado por la culpa. Dmitri es una consciencia sufriente por todos los actos abominables que ha cometido y por la probabilidad de volverlos a cometer. En ese sentido la culpa es perenne y no efímera. Pedir perdón por los pecados no es intentar saldar una deuda. Asumirlos y hacerse responsable por los pecados es principio para ser perdonado. No sería posible si no hubiera la oportunidad para ello. No importa qué tan grave o mortal sea el pecado; la compasión al prójimo permite ser perdonado.

---

<sup>26</sup> Curiosamente, a pesar de aspirar a la libertad, Rakitin vive lo más comprometido posible. Como él asegura, debe adecuarse a los problemas intelectuales de la época para poder ser un crítico en la capital. No se preocupa realmente por Dmitri. Sólo llega a interesarle por los méritos académicos que recibirá al escribir sobre su caso. Asimismo debe cortejar a la señora Jojlakova para conseguir dinero.

## Conclusiones

El presente escrito fue una exploración de Dmitri Karamázov; sus penas, sus frustraciones, sus cuitas, sus entusiasmos catastróficos. Es la revisión de un corazón ardiente, como el mismo narrador llega denominarlo. Al inicio de la novela se nos presenta un personaje enteramente desdichado. Su comportamiento es errático. Paradójicamente se define por la inestabilidad e indecisión. En momentos goza impetuosamente y en otros se lamenta y solloza. Lo que disfruta una noche previa, al amanecer le trae sufrimiento. Nada lo satisface. De lo único que tiene certeza es su frustración. Sus actos parecen obedecer más a pulsaciones repentinas y violentas. Sin distinguirlas medianamente, las pasiones dominan su vida.

Dicho comportamiento no pasa desapercibido. Provoca en los otros personajes juicios u opiniones apresuradas, ya sea por temor o repudio. Responden impulsivamente ante los agravios e irrupciones de Dmitri. En la introducción destacamos que, en general, lo rechazaban. Reconocerlo como desdichado no detiene en apreciarlo así. Smerdiakov se vuelve su cómplice por temor. No vigila e informa sobre la casa Karamázov por querer cooperar o ayudar. Dmitri se impone y somete al espíritu cobarde y débil. Su relación es lo más lejos de lo cordial o amistoso. A Rakitin le parece vergüenza absoluta; lo último que debería ser un ciudadano ruso. En su idea, Dmitri es muestra de la decadencia social. Su interés por entrevistarle y analizar su caso viene por comprobar su observación. Claramente esto influye en la decisión adversa de su juicio. Su comportamiento errático parece concordar con un homicida sanguinario. Sus jueces prefieren confinar a un hombre violento, con actos bruscos y repentinos, el cual no puede convivir en el pueblo.

Dmitri actúa intempestivamente al responder a sus pasiones desmedidas. No lo frenan las consecuencias catastróficas ni el daño que puede causar. Por mucho que resulten afectados los demás, él cumple lo que desea. Sus actos nacen de sus deseos voraces. Cabalmente no reconoce las pasiones por las cuales se ve afectado; solamente actúa impulsado furiosamente. En sus propias palabras,

aquello que padece es exaltación. Pasiones que surgen repentina y frenéticamente, y se enmarañan sumiéndolo en la confusión. Experimenta un placer rebotante que se trastorna en dolor incontenible. En el presente escrito destacamos su definición del amor en relación con Grushenka: «amar odiando». La astucia y aparente desdén de ella lo irrita. La detesta y al mismo tiempo la ama. No escapa de esa atracción fatal y se odia al verse rendido. Ambas pasiones, intensamente violentas, coinciden, se entremezclan. Se confunden lo bello y placentero del amor con lo repudiable e incómodo del odio. Por ser difícilmente reconocibles, lastimeras, las pasiones se muestran, nuevamente, como exaltaciones. Resultan sobrecogimientos irracionales que incitan los actos más violentos.

Atrapado en exaltaciones, sin saber qué lo atormenta, la incertidumbre lo hierde. Sumido en un vaivén furioso, la desazón y el estupor lo lastiman. Sus placeres no pueden ser confiables al ser efímeros. Fácilmente mudan en sufrimiento o se confunden con él. Llegan a parecerle dudosos por no satisfacerlo plenamente. Viéndose afectado por ellos, en sus actos, lo admirable o aborrecible no es reconocible con suficiente claridad. Al actuar, aspira al ideal de Madona para terminar imprevisiblemente en los pecados de Sodoma; la vida es una tempestad aspirando a lo imposible. En esa medida, la belleza de la virtud parece difusa e imposible de mostrarse en actos. La vida del hombre tendría su tinte trágico al estar predispuesto al engaño («Es terrible [la belleza] porque es indeterminable y no hay modo de determinarla porque Dios no ha planteado más que enigmas.»<sup>27</sup>) Señalamos que el raciocinio no sólo se ofusca, no es únicamente incapacidad para enjuiciar. La misma pasión como exaltación, irracional, hace que la vida moral sea terriblemente ambigua. Sin bien ni mal, sin actos honorables ni despreciables; una concupiscencia que ciega al hombre y le impide deliberar sus actos morales. La desmesura pasional más allá de traer felicidad, conlleva una confusión y sufrimiento hondo.

Este retrato de las pasiones es una condenada aceptada. Es la negación de una verdadera felicidad. Desdibujándose la virtud, el hombre no reconoce lo

---

<sup>27</sup> *Confesión de un corazón ardiente. En verso* (libro tercero, capítulo III)

conveniente a su alma. Con ello pierde el máximo bien; aquello que logra perfeccionarlo y consumir su naturaleza. Al ser imposible reconocer las pasiones —a partir de lo admirable o aborrecible— se reducen a exaltaciones que súbitamente aparecen y desaparecen. Nada se puede esperar del alma, nada se sabe sobre ella. Es *demasiado vasta* para sondearla. Cuando menos se espere, el hombre es sobrecogido. Siempre se encuentra en medio de un vaivén, a merced de los deseos caprichosos. En ocasiones tratando de reprimirlos, a pesar que traiga consigo una amargura que orilla a la muerte (cabe recordar el episodio de la espada sobre el pecho). Sin autoconocimiento, es difícil encontrar lo más conveniente para el hombre. La ausencia de un bien pleno conduce a una insatisfacción perpetua. En su lugar la acción humana se confunde con la concupiscencia y dolorosamente puede verse desmentido. La tempestad resulta la negación del autoconocimiento. Para Dmitri, el mayor riesgo de su alma desordenada —caótica— es el suicidio casi cometido.

La fiesta en Mokroie representa el mayor peligro al cual desemboca Dmitri por su vida licenciosa. Dicho suceso es una ilusión mortal. Cada involucrado, cada artículo, el ambiente, conforman la impostura. En el presente escrito señalamos que el festín es una imagen de la idealización romántica. Aquello que leyó Dmitri parece haberse manifestado; aquellas escenas bucólicas descritas por Schiller en sus poemas, aquellas exaltaciones de la virtud escritas por Goethe, la excitación de los poetas por las maravillas y amarguras de la vida del hombre. En la hostería todos bailan y respiran la alegría innata en la humanidad. No hay estratos sociales ni riquezas que lastimen la fraternidad. Personajes como Maxímov pierden el pudor con el fin de gozar sin restricciones. Justo la fiesta conmemora el supuesto futuro claro de Dmitri. Dado que Grushenka es liberada de los polacos, ahora puede acompañarlo el resto de su vida. Su corazón se entusiasma ferozmente y no tiene reservas en despilfarrar el dinero para celebrar la liberación. Grúshenka corona la fortuna de Dmitri. De ahí que sea la reina a quien le dedican el festín.

Esta imagen de perfección lo tienta al suicidio. Satisfacer falsamente su máxima aspiración lo lleva a creerse en la mayor dicha de su vida. Por fin se considera feliz, sin remordimientos o asuntos a resolver. Todo parece resuelto, lo

cual le trae alegría y placer. Antes que la pena vuelva a invadir, prefiere suicidarse. Renunciar a ella en el esplendor de una pasión y con su dignidad en su punto más alto y mediocre. Ha llevado toda su vida en el oprobio, sin embargo Dmitri intenta huir dignamente. La ceguera por la concupiscencia confunde la felicidad. En medio de los placeres difusos, el regocijo mayor es el máspreciado. Suicidarse en el máximo bien; suicidarse en la mayor exaltación. El festín pone en riesgo la vida de Dmitri. A pesar de ser absurdo, el festín le parece la máxima satisfacción alcanzable; la situación ideal, acompañada del placer más vivo.

Los autores y poemas que Dmitri sabe de memoria han terminado por afectarle. Sus versos resuenan y hacen arder su corazón. Eufóricamente reverberan imágenes que no ha comprobado ni reflexionado enteramente. Según la confesión en verso, la virtud reside en la naturalidad. Restaurar la naturaleza prístina para recuperar la grandeza humana a la cual está destinado. El vicio es la perversión, así como se corroe la vegetación por el tiempo. En la mentalidad de Schiller hay una idea de nobleza, un hombre jamás visto por Dmitri. Lo único que vive es la perversión, de ahí que el ambiente bucólico del festín se presente extraordinariamente. El delirio en Mokroie hace efectiva la realidad romántica. El ideal de la naturaleza, el que le delinea la virtud, se concretiza al parecer por unas horas. Sin embargo el mismo narrador nos advierte el absurdo subyacente. Solamente sus pasiones se alborotan, reviven una imagen que jamás comprendida y lo hacen sentir en la felicidad.

Dmitri asume encontrarse en un triángulo amoroso con Katerina e Iván. Le duele ser impedimento para que los anteriores se desposen. Según su deliberación, incurre en una injusticia al no permitir que dos personas igual de virtuosas pasen juntos el resto de sus vidas. Se asume el grillete de Katerina: un hombre emergido del *sucio callejón* con el cual debe cargar la joven educada. Por el amor a su hermano, no soporta intervenir y entorpecer sus deseos con ella. De ahí que prefiera romper su compromiso. Igualmente dicha ruptura le permite regresar a la relación impetuosa con Grushenka. El triángulo amoroso no sólo muestra los vericuetos caóticos cuando ama Dmitri. En su deliberación se descubre sutilmente su creencia en un orden inmutable. Los jóvenes como él,

lujuriosos, pendencieros, violentos, merecen la condena. Han crecido y viven en los *callejones sucios* y están destinados a permanecer ahí. Él mismo lo sabe y por lo mismo se lamenta de su posición ventajosa. Sin redención ni cambios radicales, Dmitri reconoce la fatalidad y se resigna a ella. Acepta un destino aborrecible, con un amor lastimero y sufriendo los embates de sus pasiones. Su vida se torna trágica al ser falso el mayor momento de dicha. Su única alternativa, su única aparente felicidad, es un sueño efímero. Es un engaño seductor que le sabe a felicidad, una que cabe aparentemente en su tragedia. Agravando su situación, su máxima satisfacción es llevada por el viento de invierno. No es plena ni duradera; sólo una exaltación efusiva.

Como señalamos previamente, el anuncio de la muerte de su padre termina con el festín orgiástico. La investigación de las autoridades apunta a Dmitri como el sospechoso principal. Cuando termina el interrogatorio, cuando las autoridades confirman sus sospechas, cuando el mismo Dmitri se siente amenazado y agobiado, cuando los nervios de Grushenka se encuentran alterados, ocurre un suceso significativo. Acontece un vuelco en la vida de Dmitri. Sueña con una escena que contrasta con la festividad y alegría de Mokroie. Dicha escena parece más adecuada al carácter aflictivo y violento de Dmitri. Frente a la euforia y las danzas, observa niños sufriendo, en brazos de madres desahuciadas, cuyos hogares les han sido arrasados.

En primer lugar, el sueño niega la visión idílica de la naturaleza. Los poemas románticos, los ambientes bucólicos, son reducidos a cenizas. La comunidad rural queda arrasada; la vulnerabilidad de la naturaleza queda mostrada. Súbitamente se arruina, lo cual prueba que no es la imagen última de pureza. Desde raíz se encuentra la perversión. Se revela el idilio bucólico en Mokiroe como el sueño efímero que es; se desvanece igualmente rápido como el asentamiento rural. En esa medida, la desazón, el desconcierto, sacuden más a Dmitri de lo que la jerga pudo complacerlo. Aquello que presencia en la siesta cancela rotundamente la ensoñación despierta. La ilusión peligrosa es desmentida por el sollozo de los niños. Dmitri vive y enfrenta el verdadero sufrimiento y el mal ínsito en la

naturaleza, justo después de haber vivido la supuesta alegría innata de los hombres.

Con lo que sueña, Dmitri sabe que existe el mal. Se confronta con él. No sólo desazona por herirlo, es terrible porque no tiene explicación y su origen es desconocido para el hombre. El gozo del festín o la alegría en las danzas no definen al hombre. Los acontecimientos más centrales no son los festivos. Su vida no se reduce a la satisfacción de placeres o la desmesura. Esencialmente la vida humana es azotada por siniestros. Provocan dolor y aflicciones en los hombres, aun cuando no lo deseen. Fuera de su alcance, el hombre no puede eludir el mal, incluso es capaz de provocarlo a sus prójimos. Llega a ser partícipe del sufrimiento. El sueño es una alegoría del valle de lágrimas, en donde los inocentes sufren y el mal tiene un origen misterioso.

Curiosamente hombres como Dmitri testimonian este hecho en su vida, a pesar de tener experiencias en un mundo bucólico. Su entusiasmo excitante y efímero esconde el cariz sufriente de la vida humana. Delirantemente lo esconde, ya que veíamos que los vericuetos pasionales volvían a traerlo a la luz. Dmitri puede identificarse con los niños al ser hombres que sufren. Él siente unas inmensas ganas de llorar por su desgracia; no abandonarlos. No pudo frenar las llamas, sin embargo hace un intento por consolar a los niños. Dicho acto de compasión y amor es una afrenta al mal. Al realizarlo, Dmitri descubre que el sufrimiento no tiene que ser mortal. Hay una alternativa al *sucio callejón*. Su consideración acerca de un orden inmutable es cuestionada con su acto de consuelo. La ofensa a los inocentes muestra la limitada noción de justicia que tenía Dmitri.

El misterio del mal revela la complejidad de las acciones morales. La atribución de justicia no es inmediata o evidentemente clara, por lo mismo tampoco es irrevocable o fija. El mal invade la vida de cualquier hombre. Nadie está exento de ser afectado por siniestros o tentaciones. En cualquier momento el superior puede caer y el inferior puede enaltecerse. Todos sufrimos, todos podemos ser pecadores. Cabe señalar que la novela, el medio escogido por Dostoyevski, es adecuada para señalar dicha complejidad. Poéticamente demuestra las

tribulaciones y tentaciones que enfrenta el hombre. Su variabilidad, su vulnerabilidad a desear y sufrir. La maestría del novelista descubre la integridad y la dificultad para obrar. Cualquiera puede compadecer a Dmitri, como invadido por el pecado. Sabiendo del valle de lágrimas, un acto de amor es compadecer a alguien que ha sido tentado. En vez de aborrecerlo y desearle su permanencia perenne en el *sucio callejón*, lo compadecemos y buscamos su restitución.

La vulnerabilidad al mal muestra la comunión de los hombres. Nadie es abismalmente superior a otro; somos prójimos. El hombre no es un individuo aislado de otro. La mínima responsabilidad que podemos tener con un prójimo azotado por el mal es compadecerlo. Es una afrenta conjunta y mínima. Dmitri pone el ejemplo del presidiario para resaltar el rescate que otro hombre puede hacerle. No abandonarlo en su sufrimiento es una alternativa a una vida de pena y desdicha. El sueño de los niños y su propia reacción le enseña la misma posibilidad de su futuro. El acto de amor es un encomio a Dios; levantar un himno en su honor. Si Dios es amor, compadecer al prójimo que sufre es actuar a su imagen. Dmitri no desea permanecer en el *sucio callejón*; busca que se entone el himno y exclama compasión.

La advertencia de su hermano le hace ver que su salvación no se reduce al castigo. Ni siquiera el impuesto por él mismo. Le advierte que sólo sería otra provocación más. Su carácter tempestuoso respondería y su «resucitación» se suspendería. El fin del castigo (el cual es rectificarlo y corregirlo) sería borrado. El castigo mismo sería desvirtuado. Sería una sublevación de Dmitri al destrozar el sentido de castigarse y darle brío a su soberbia pecaminosa. Volvería a afirmar su lujuria y negación de Dios. Aliosha le aconseja no olvidar al hombre nuevo, ese mismo que nació en el sueño donde él compadeció a los niños sufrientes. Tenerlo presente lo hará parecerse a él. La emulación lo conducirá a la virtud. Vivir bajo la idea de bien, permitir que trastoque nuestro ser, es un encomio mayor de Dios. Dicho comportamiento entona con mayor musicalidad y majestuosidad un himno en su honor.

El principio del bien no sólo conserva al hombre: lo perfecciona. Su ausencia lo arruina. El comportamiento trastocado por él es un viraje importante. Antes del



sueño y la tribulación del interrogatorio, señalamos, sus pasiones eran exaltaciones. El deseo respondía a pulsiones incontrolables e insondables. Haber descubierto el bien y mal permite reconocer las pasiones como buenas y malas. Más allá de la concupiscencia, ahora aparecen como perjudiciales o benéficas a su propia naturaleza. Por ejemplo, aquella frustración que casi orilla al suicidio, nace del afán perverso por querer humillar y vengar a Katerina. Dicha intención puede entenderse como pecaminosa. Un deseo que arde, abrasando su honor, y casi lo lleva a la muerte. El pesar súbito del amanecer, después de las noches de juerga, es aclarado mejor. El remordimiento se reconoce genuinamente como culpa. Deja de ser una calamidad trágica. Enfrentarlo ya no es una suerte de sortilegio. La zozobra sembrada por el siniestro en las isbas, enseña a Dmitri lo que mal es capaz de hacer. Observa que actos suyos pueden causar igual sufrimiento. A diferencia de los actos de amor y compasión, son actos y deseos que lo deshonoran como hijo de Dios (totalmente contrario a entonar un himno en su nombre). Tras reconocer el pecado y la culpa, el bien y el mal, su incertidumbre lastimera es ordenada.

Al reconocer su propia naturaleza, admite la superioridad de sus sueños. Desazonado, no sabe dónde vino y por qué le acaeció a él. Sin embargo logra reconocerle su sabiduría. Su propia naturaleza es la medida de sus actos. La virtud no es la que enaltecen los poetas romántico que ha memorizado. Tampoco ellos han podido delinear la imagen fiel del ser de Dmitri. La alegría rebotante exaltada por Schiller, la despreocupación entusiasta, la candidez optimista, contrasta con las consecuencias reales en sus lectores. Tal vez Dmitri no lo comprenda cabalmente, empero leerlos o recordarlos es suficiente para excitarlo. La idea maravillosa de virtud lo entusiasma pero la vuelve inaccesible. En su estado desahuciado, le parece lejana y por lo mismo se persuade fácilmente de la fatalidad. Ese hombre reconciliado con su entorno natural, feliz, apacible, dista bastante del joven Karamázov. El pasado idílico del hombre contrasta con el sueño desazonador y amargo de Dmitri. La pureza bucólica se contrapone al escenario donde el mal se hace presente.

Tras reconocer que ha cometido un pecado, Dmitri menciona que pedirá perdón y rezará por ellos. Sin una idea de bien y culpa, no podría arrepentirse. Genuinamente debe reconocer que ha obrado con maldad. Actos que destruyen y lo destruyen. Arrepentirse es hacerse responsable por ellos. Asumir ser el provocador del sufrimiento y soportar la culpa estrujante de ello. Dicho asunción es distante del Dmitri primeramente presentado en la novela. Durante las confesiones a Aliosha no se hace responsable de sus mezquindades. La venganza se disfraza de justicia y responde a las ofensas de Katerina. Actúa más por el orgullo herido; su confesión se falsea al no haber ninguna culpa para expiar. En esta situación y en otras, no alcanza a reconocer sus pecados. A pesar de llorar sus penas, no tiene ninguna reserva para volver a cometerlas. No alcanza a distinguir ninguna maldad que repudiar. Al arrepentirse, hay un intento por rectificarse, es decir, un anhelo de virtud. Es el principio de una nueva vida; una resucitación. Por muy atroz y lleno de ignominia que sea un hombre, arrepentirse es indicio de esperanza. La expiación aplaca las pasiones pervertidas y permite acciones que miran hacia el bien. Culparse y arrepentirse salvó la vida de Dmitri.

## Bibliografía

Básica:

Dostoyevski, Fiódor, *Los hermanos Karamázov*, Madrid, Alianza Editorial, 2013

Complementaria:

Bakunin, Mijaíl, *Dios y el Estado*, España, Diario Público, 2009

Chesterton, Gilbert Keith, *El hombre que fue jueves*, Editorial Porrúa, México, 2010

\_\_\_\_\_, *Herejes*, Barcelona, El Acantilado, 2011

De Aquino, Tomás, *Tratado de la ley-Tratado de la justicia-Gobierno de los príncipes*, México, Editorial Porrúa, 2008

Dostoyevski, Fiódor, *Crimen y castigo*, Madrid, Alianza Editorial, 2014

\_\_\_\_\_, *Los demonios*, Madrid, Alianza Editorial, 2011

*Los evangelios según Mateo, Marcos, Lucas y Juan* (trad. Ernesto de la Peña), México, Siglo XXI Editores, 2013

Nussbaum, Martha, *Justicia Poética*, Barcelona, Editorial Andrés Bello Española, 1997

Pieper, Josef, *El concepto de pecado*, Barcelona, Herder, 1998

Rousseau, Jean Jacques, *Emilio o de la educación*, Madrid, Alianza Editorial, 1990

\_\_\_\_\_, *El contrato social-Discursos*, Buenos Aires, Losada, 1998

San Agustín, "De la continencia" en *Obras de San Agustín* (Tomo XII, Tratados morales), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1954

Schiller, Friedrich, *Sobre la gracia y dignidad, Sobre la poesía ingenua y poesía sentimental y una polémica Kant-Schiller-Goethe-Hegel*, Barcelona, Icaria, 1985

Zweig, Stefan, *Tres maestros (Balzac, Dickens, Dostoievski)*, El Acantilado, Barcelona, 2011